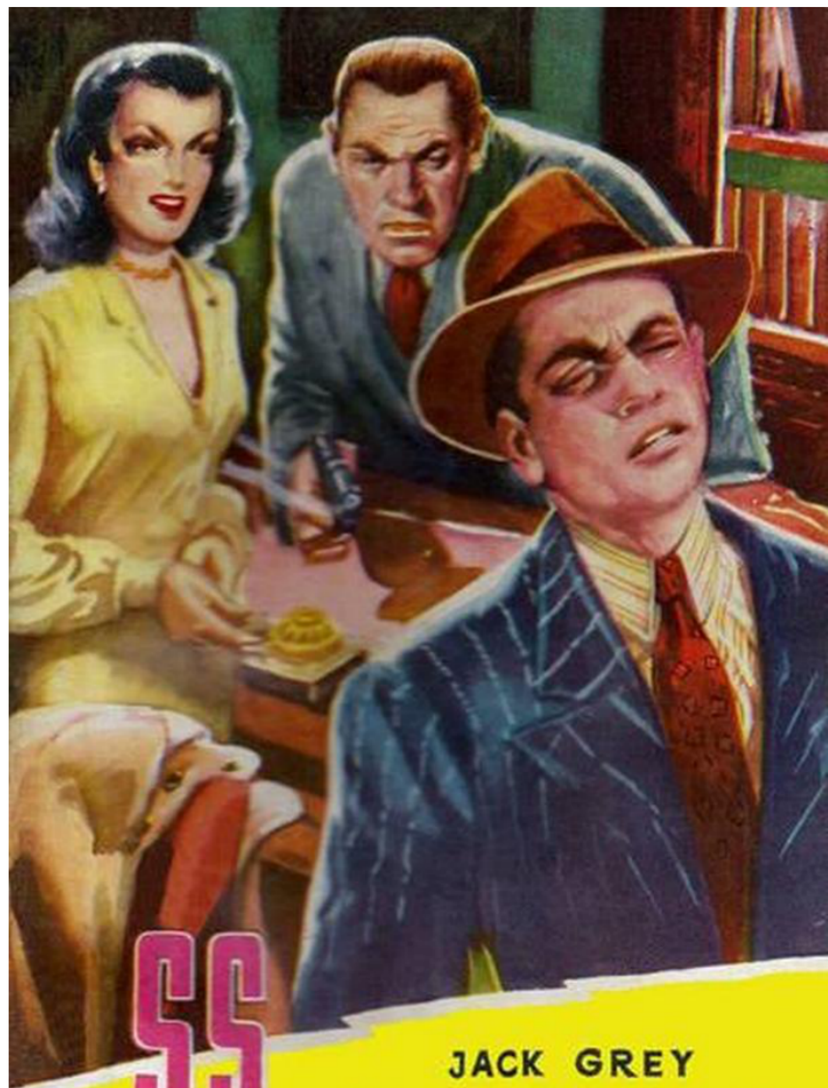

SS
SERVICIO
SECRETO
JACK GREY
RECHAZADOS POR
LA MUERTE



Jack Grey

Rechazados por la muerte

1.ª EDICION
ENERO - 1961

EDITORIAL
Proyecto, 2 T. 284453



BRUGUERA
BARCELONA (6)

RECHAZADOS POR LA MUERTE

por JACK GREY



CAPÍTULO PRIMERO

Insensible al cansancio, René Busigny llevaba bastantes horas midiendo con elásticos pasos las reducidas dimensiones de aquella celda en la que estaba transcurriendo su última noche. Dentro de pocas horas vendrían por él, le colocarían ante un piquete y las balas acribillarían su cuerpo joven, pletórico de fortaleza, de ansias de vivir.

Golpeábase a veces la frente, desesperado por la persistencia de aquella idea que no lograba apartar, que le torturaba más aún que la propia ejecución, por cuánto le hacía pasar por ella cientos de veces.

Tic-tac…
tic-tac…
El reloj marchaba, indiferente a todo; devorando minutos, acercando el postrero.

René era un valiente; lo había demostrado en no pocas ocasiones. Ascendió a capitán no sólo por la calidad de su intelecto, sino también por méritos de guerra. Jugarse la vida constituyó siempre casi un deporte para él. Pero de jugarse la vida, a saber, sin lugar a dudas, que va uno a perderla dentro de pocas horas, y sin defensa posible, va una diferencia notable.

Nunca, ante el peligro entretúvose en reflexionar. Se trataba de enfrentarse con el enemigo, de luchar por la patria; de vencer. Era, también probable morir; pero ¿quién pensaba en ello?

Ahora la cosa era totalmente distinta; cruelmente distinta. No iba a encontrar ningún enemigo delante, sino soldados franceses —quizá soldados que él mismo un día mandó—, los cuales le apuntarían al pecho, a la frente, a los ojos…

Experimentaba la sensación de recibir los balazos, destrozándole, convirtiéndole en una piltrafa sanguinolenta.

Tic-tac…

tic-tac…

Con ser tan corto él tiempo que quedábale, de existencia, le resultaba excesivamente largo para la reflexión.

Busigny, no sólo revivía los momentos grandes de su pasado, sino hasta detalles nimios en los que no había pensado nunca y que danzaban en su cerebro, surgidos de Dios sabe dónde. Y ahora apreciaba, angustiado, el valor de tales pequeñas cosas, dándose cuenta de que hasta lo más nimio adquiere grandes proporciones cuando se ha perdido.

Con persistencia cruel abríanse paso entre las evocaciones las pupilas llorosas de Columba, adorable muchacha con la que se iba a casar; la mirada dura de Paul Chartier —hermano de ella—, hombre probo para quien el honor estaba por encima de todo lo de la tierra: el momento horrible en que le degradaron… Había creído que le arrancaban el corazón juntamente con los distintivos de oficial.

Le llamaron traidor. ¡Traidor él, que amó a la patria como más no es posible; que vertió su sangre en su holocausto, durante la guerra última; que, lejos de alegrarse cuando le ascendieron a capitán, haciéndole pasar al Estado Mayor, hizo gestiones para seguir en primera línea y consideró una desgracia abandonar el frente!…

El calificativo le dolió tanto, ¡tanto!, que no recordaba haber soportado nunca un sufrimiento igual.

Durante muchos días acarició la esperanza de que su inocencia resplandeciera; de que se deshiciese aquel monstruoso error que le significaba la deshonra y la muerte. Ya la había perdido. Pronto, muy pronto, todo habría acabado para él. No tornaría a ver el sol…

Tic-tac…
tic-tac…

Desesperado, roto, se dejó al fin caer sobre el duro camastro.

Llevóse una mano a los ojos, retirándola poco después mojada en lágrimas. No recordaba haber llorado nunca hasta entonces; pero, lejos de sentirse avergonzado, dejó correr el llanto, por cuanto significaba la postrera manifestación de despedida al mundo; al mundo que seguiría su marcha, mientras él avanzaba hacia donde las bocas de unos fusiles le esperaban para hacerle dejar de ser.

Pasillo adelante, en terrible procesión de luces y sombras temblorosas, avanzaron dos oficiales de la prisión —amartilladas las

pistolas—, y el comisario del Gobierno. Detuviéronse ante la celda. Uno de los funcionarios descorrió los cerrojos y franqueó la entrada.

René incorporóse de un salto.

—¿Ya? —preguntó, anhelante.

—Ya. Sí.

Hubo un silencio breve.

—Vamos —dijo el reo, con voz opaca.

Estaba muy pálido, pero sereno, firme. Su rostro expresaba la amargura de la renunciación forzosa…

Precedido del comisario y en medio de los carceleros llegó, entre el chirriar de cerrojos que a su paso se descorrían, a la puerta de la cárcel, donde aguardaba un coche rodeado de fuerza armada. Penetró, como asimismo sus guardianes. El vehículo se puso en marcha, seguido por otro en el cual iba Paul Chartier —inspector del Servicio de Contraespionaje—, quien no había podido resistir la tentación de llevar el consuelo de una frase amable al hombre por el cual Columba lloraría siempre y a quien él mismo quiso fraternalmente.

Llegaron a Vincennes. El automóvil que iba primero penetró en el patio del castillo. Un sargento detuvo al segundo.

—Está prohibido asistir a la ejecución, sin un permiso —especial.

—Lo tengo —dijo Paul. Y, tras darse a conocer, mostró lo que se le pedía.

El sargento apartóse.

Chartier echó pie a tierra. En aquel momento lo hacía, también Busigny…

Cruzáronse las miradas, de los dos hombres.

—¡Has venido! —exclamó Rene.

Intervino el jefe de las fuerzas. Chartier obtuvo permiso para abrazar al reo. Lo hizo, apretados los labios. No podía ni quería hablar.

—¡Adiós, Paul! —añadió Busigny—. ¡Gracias!… ¡Di a tu hermana que moriré pronunciando su nombre!…

Chartier separóse violentamente; dio media vuelta y huyó. Se había creído capaz de resistirlo todo hasta el fin, mas convencióse de lo contrario.

Pisó el acelerador de su auto y alejóse, enjugándose las lágrimas.

Entretanto, René y sus acompañantes llegaron a la llanura —campo desolado, triste siempre y más triste aun a la luz mortecina del amanecer—, donde las tropas formaban los tres lados de un cuadro. En el que faltaba alzábase, en el centro, un sencillo poste de madera.

Formóse ante él un piquete compuesto por doce hombres. Un sacerdote quiso ocultarlo con su cuerpo, mientras consolaba al infeliz.

—Gracias, padre —susurró éste—. Estoy seguro de que Dios ha perdonado las culpas que pueda haber cometido, en gracia a este castigo que no merezco.

Acercóse un gendarme dispuesto a atar al reo, quien, con voz segura, pidióle:

—No lo haga. No es preciso.

El gendarme, so pretexto de insistir, dijo, casi con el aliento:

—No tema. Desplómese cuando suenen los tiros.

Busigny parpadeó nerviosamente, no acertando a comprender el significado de lo que acababa de oír.

Quedó solo.

El oficial que mandaba el pelotón dio las órdenes oportunas.

Sonó una descarga cerrada.

René se notó herido, pero dejóse caer sin haber perdido el conocimiento de las cosas.

Oyó pasos firmes que avanzaban hacia él. Iban a darle el tiro de gracia. Y se dijo, mentalmente: «Ahora es cuando va a terminar todo».

El oficial, tras apuntarle a la cara, por debajo del oído derecho, se inclinó, susurrando cual si rezase:

—Esta noche, en Frecynet, 8, distrito Passy.

Hizo fuego.

Aproximóse el médico, quien declaró, luego de un somero examen:

—Ha muerto.

Hizo el comisario la pregunta de ritual:

—¿Alguien reclama el cadáver?

Nadie respondió.

Las tropas desfilaron ante el caído.

Siguió un silencio imponente.

La llanura quedó sola.

Todos y cada uno de los que habían tomado parte en el acto tenían prisa en abandonar aquel tétrico sitio.

René sentía que estaba vivo y no se aventuraba a creerlo. Supuso que era su alma inmortal, libre de la materia, la que experimentaba tal impresión.

Transcurrió algún tiempo, durante el cual permaneció inmóvil, hasta que fue dándose cuenta de la realidad: ¡vivía! Su cuerpo sangraba, pero vivía.

Desentornó los párpados. Miró en derredor. ¡Nadie!…

El ansia de huir, de aprovechar aquella especie de milagro, apoderóse de él. Comenzó a arrastrarse, pero enseguida se contuvo. Entre los grises de la aurora, acababan de aparecer dos hombres que se acercaban al lugar de la ejecución.

El infeliz se clavó las uñas en las palmas de las manos al suponer lo que iba a sobrevenir: aquellas personas descubrirían lo ocurrido y darían la voz de alarma, y él sufriría el tormento de ser fusilado por segunda vez. ¡Y aquello, no! ¡Aquello, no! Encontrábase débil, pero se defendería. ¡Que le cazaran a tiros, si así tenía que ser!

Permaneció quieto, dispuesto a incorporarse apenas le pusieran las manos encima.

Llegaron los dos hombres.

—Parece que todo ha salido bien —dijo uno de ellos.

Y contestó el otro:

—Por lo menos, hasta ahora.

El primero que había hablado, inclinóse sobre Busigny, murmurando:

—Procure no moverse. Dese cuenta de que «está muerto», ¿comprende? Nadie nos mira, pero… por si acaso…

—Vamos a «enterrarle» —añadió el segundo—. Ya le indicaremos el momento de escapar.

René estremecióse. El milagro persistía.

Le echaron encima una gran manta y, luego, le colocaron sobre las parihuelas, traídas a prevención.

CAPÍTULO II

Recatándose en las sombras de la noche, René avanzaba hacia la calle Frecynet.

Vestía de paisano. Los hombres que debían darle sepultura le entregaren ropas y algunos billetes. No era el suyo un elegante traje a la medida, ni mucho menos, pero cumplía su misión.

El excapitán de Estado Mayor, Busigny, continuaba sin hallar explicación lógica al desenlace del horrible suceso que le tuvo por protagonista, y anhelaba conocerlo cuanto antes, evitando así el peligro de la locura que creía próxima a enseñorearse de su persona.

«Esta noche, en Frecynet, 8», habíale dicho el oficial que debía rematarle. Y repetiéndose a todas horas aquella dirección, estuvo escondido, aguardando con inigualable anhelo la llegada de las tinieblas.

Cruzó la calle Debrousse, y, cuando se disponía a entrar en la Avenida del Presidente Wilson, vio venir en dirección contraria a un hombre que daba acusadas señales de embriaguez. Busigny quiso eludirlo, pero el borracho, en uno de sus traspiés, echósele casi encima, y le dijo, en voz baja, aunque firme:

—No se detenga en el número que le indicaron. Continúe hasta el final de Frecynet, y espere.

René, sorprendido, echóse a un lado, y el beodo continuó midiendo la calle, mientras canturreaba torpemente.

Encogióse de hombros Busigny, y —como lo que le venía, sucediendo desde hacía bastantes, horas era del todo anormal— decidió obedecer aquella orden inesperada, toda vez que parecía formar parte de su anómala aventura.

Poco después, el borracho tropezó con otro hombre que avanzaba también por la calle Debrousse, procurando pasar inadvertido. Pero a éste, lejos de darle recado alguno, le propinó un

golpe en la mandíbula; golpe que resultó brutal y de graves consecuencias, no sólo por la fuerza del que lo asestara, sino porque había utilizado una llave inglesa para efectuar la agresión.

Desplomóse la víctima cual si la acabasen de apuntillar, mientras el pseudoembriagado emprendía veloz carrera, y, dando un considerable rodeo, internóse en la calle Périer, donde adoptó el aspecto de un pacífico ciudadano que caminaba sin prisas. Cruzó la Avenida Wilson y entró en Frecynet. Allí apresuró el paso hasta alcanzar a Busigny, a quien dijo, escuetamente:

—Sígame.

René asintió con un leve movimiento de cabeza, absteniéndose de preguntas que, en mitad de la calle, era el primero en juzgar improcedentes.

Al final del mundo hubiera sido capaz de ir con tal de poner en claro lo que le acaecía.

Volvieron ambos hombres sobre sus pasos, deteniéndose al fin ante el número 8. Era una casa aislada, de dos pisos.

El desconocido pulsó el timbre de manera especial.

La puerta se abrió a los pocos momentos, para volver a cerrarse apenas hubieron entrado.

René vio ante sí a una muchacha extraordinariamente bella, la cual le acogió con amable sonrisa, a la par que decía:

—Pase, señor Busigny, pase.

Encontrábanse en un recibidor espacioso, con escasos muebles, aunque de precio.

—¿Quiénes son ustedes? —inquirió René—. Puesto que me conocen, justo es que me presenten, ¿no?

—Me llamo Vidosa Niliotinivic —repuso la joven, en el mismo tono.

—Apellido rumano.

—Rumana soy.

El falso borracho, dijo:

—Tutte Quebertin es mi nombre. Sueco. ¿Quiere saber algo más?

—¡Naturalmente! Muchas cosas.

—Me lo imagino. Otros serán los encargados de informarle.

—¿Puedo saber por qué se me cruzó en el camino y me ordenó no detenerme ante esta casa?

—No hay inconveniente. Llevábamos rato esperándole por los alrededores. Yo fui el primero en descubrirle, pero al propio tiempo dime cuenta de que era seguido por un policía, cuyo rostro no me es desconocido. Probablemente su actitud y aspecto se le hicieron sospechosos. No disimula usted muy bien. Tuve que dejar a dicho hombre fuera de combate para que no se enterase de lo que no nos conviene que sepa.

—Comprendido. Debo darle las gracias.

—¿Las gracias?… Nosotros cumplimos siempre nuestro deber, bien lo sabe. Nada tenemos que agradecernos unos a otros.

Continuaba el desconcierto de Busigny, el cual arrugó el entrecejo y apretó los labios.

—Venga por aquí —invitóle Vidosa, la cual abandonó la estancia, guiándole, y le introdujo en otra más reducida y ricamente amueblada. Añadió—: Tome asiento y espere.

—Un momento, señorita… —dijo René, al darse cuenta de que la muchacha se disponía a salir.

—¿Qué desea?

—Necesito que me explique…

—Por favor… Pronto sabrá cuánto apetezca. No soy yo la llamada a aclarar sus dudas.

—Pero…

—Me limito a darle la enhorabuena por haber escapado con bien de le que parecía irremediable.

—Luego… ¿está usted enterada…?

—Naturalmente.

El joven se dijo que su pregunta había sido necia. Sí; allí todos sabían más que él.

Vidosa le hizo una leve inclinación de cabeza y le dejó solo.

Minutos más tarde presentáronse dos hombres, el segundo de los cuales portaba todo lo necesario para practicar una cura, por complicada que fuese.

Le saludaron fríamente, y el primero de los recién llegados, dijo:

—Veamos, sus pequeñas heridas. Déjelas al descubierto y échese en este sofá.

Tornó Busigny a mostrarse extrañado y a exteriorizarlo, contra su propósito:

—¿Cómo sabe usted que son pequeñas?

—Los perdigones no suelen causarlas grandes.

En el acento del que hablaba había un leve tinte de ironía.

—Haga lo que le he dicho —añadió—. Evitemos que pueda infectarse algo.

—Yo me he hecho una cura.

—De todos modos, déjeme verlo. Soy doctor en Medicina.

Obedeció el joven.

El ayudante del que había dicho ser médico fue entregando a este cuanto por señas le pedía.

René intentó varias veces el diálogo, mas fracasó en su intento. Aquellos hombres, pendientes de su tarea, respondíanle con simples monosílabos o hacían como si no le oyesen.

Cuando la sencilla, aunque laboriosa, operación estuvo terminada, dispusiéronse a salir.

—No hay nada que temer —dijo el galeno—. Le felicito.

—Le felicito —repitió el ayudante.

Y salieron ambos sin añadir nada más.

René, harto de dar vueltas en su imaginación al misterio que le envolvía, esforzóse en no discurrir, dejando que los acontecimientos se explicasen por sí solos.

No tardó en recibir nuevamente la visita de Vidosa, la cual traía una bandeja repleta de manjares que despedían excelente olor. Tras ella surgió Tutte portando más alimentos, vino, licores, vasos y copas.

Busigny llevaba mucho tiempo sin probar bocado ni sentir la necesidad de hacerlo. Sin embargo, a la vista de lo que le brindaban, el hambre dormida despertó de pronto y notóse dominado por el afán de comer mucho.

—Reponga sus fuerzas —murmuró la rumana, dulcemente.

—No dirá que se le trata mal —añadió el sueco.

—Gracias —repuso el joven.

Colocaron lo que traían en mesitas próximas, y disponíanse a salir otra vez, cuando…

—Quédense —pidió Busigny.

—Coma tranquilo —replicó Vidosa.

—Y beba hasta hartarse —añadió Tutte—. Toque el timbre si desea algo más. Ahí tiene también café, cigarrillos…

René no se hizo repetir la invitación. Apartando, como de un

manotazo, sus preocupaciones, empezó a dar buena cuenta de lo que tenía ante sí.

Más que comer, devoraba. No quiso abusar del vino. Su cabeza estaba aún poco firme y necesitaba mantenerla clara en espera de lo que, a no dudar, habría de sobrevenir.

Cuando su apetito estuvo satisfecho, sirvióse el café y encendió un cigarrillo. Antes de consumirlo por completo oyóse un «fru-fru» de sedas que se aproximaba. Incorporóse. Descorriéronse las cortinas del fondo y apareció otra mujer. Era muy bella, aunque ya había traspuesto los umbrales de la juventud. Morena, de ojos grandes, verdes; labios gordezuelos, rojos y magníficamente dibujados; cabello ondulado y negro; figura majestuosa… Algo había, sin embargo, en el fondo de todas aquellas perfecciones, que resultaba, hostil, desagradable, repelente.

Avanzó con pasos felinos.

René, en otras circunstancias, hubiera rendido tributo a tanta hermosura con una frase galante por lo menos, pero en aquéllas no lo hizo. Hallábase excesivamente conturbado para hacer manifestaciones de tal índole. Limitóse a corresponder al saludo, y a esperar.

La impresionante morena tomó asiento junio a él y le invitó a imitarla, a la par que decía:

—Soy Margit Borsy.

—¡Ah!

Aunque la exclamación del hombre no tuvo significación alguna, la mujer la interpretó a su manera, y siguió:

—Observo que mi nombre no le es desconocido. Contaba con ello. ¿Ha comido bien?

—Sí; gracias.

—¿Se encuentra más tranquilo?

—Dentro de lo que cabe…

—Comprendo. Ha debido sufrir mucho. Seguramente llegaría a temer que le hubiéramos abandonado…

—Pues…

—Hizo mal si admitió tal idea. La organización no se desentiende nunca de sus elementos de valía.

René, sin pararse a meditarlo, resolvió acabar con aquella farsa

intolerable. Hizo, un gesto de profundo disgusto, y replicó:

—No entiendo sus palabras, señorita y deseo me las aclare. Yo no pertenezco a ninguna organización.

Margit esbozó una sonrisa breve. Y, tras encender un cigarrillo que extrajo de su dorada pitillera, dijo:

—Puede y debe renunciar al disimulo. Las reservas no tienen aquí objeto. Somos compañeros. El jefe tenía el propósito de acudir esta noche, pero ha telefoneado hace poco anunciando la imposibilidad de hacerlo. Habrán surgido complicaciones últimas relacionadas con el asunto de usted. ¡Ha sido todo tan difícil!… ¡Hemos tenido que complicar a tanta gente!… Pero estamos satisfechos, puesto que, como de costumbre, nos ha acompañado el triunfo. Mientras «él» llega, puede considerarse como en su casa y hablarme con entera libertad. Como bien sabe, soy un miembro destacado de la organización.

Acentuóse el gesto de estupor de Busigny.

Estaba harto de aquel misterio impenetrable y siguió firme en el propósito de esclarecerlo.

—Nada tengo que decir. En cambio, deseo que se me digan cosas. ¿Quién me ha salvado? ¿Por qué?

Margit frunció el entrecejo, mirando escrutadoramente a su interlocutor.

—Sus preguntas están fuera de lugar —contestó—. Ya le he dicho que no abandonamos nunca a los elementos de valía.

—Y yo insisto en que no la entiendo. ¿Qué casa es ésta? ¿Por qué me han hecho acudir aquí?

Aunque el ceño de la mujer no se desarrugó del todo, sus facciones suavizáronse un tanto al contestar:

—Me explico que no lo sepa y que ello contribuya a sus recelos. Hace pocos días que instalamos en este lugar uno de nuestros domicilios. Usted se hallaba preso aún.

—Pero…

—De todos modos, no debe conceder a ese detalle excesiva importancia. Opino que la acogida que se le ha dispensado basta para que deponga esa actitud reservada.

Sin contestar a lo que ella decía, Busigny preguntó:

—¿Puedo marcharme?

—¿Marcharse?

—Eso he dicho.

—¡Claro que puede hacerlo! Pero… el jefe disgustaríase mucho si se alejara antes de hablar con él. Por otra parte, ¿a dónde va a ir? Dese cuenta del peligro que corre. Si alguien le identificará, se perdería todo lo que tanto ha costado. Está usted herido, débil. Aquí no corre peligro alguno. Debe permanecer con nosotros hasta que se reponga… a menos que el jefe haya resuelto algo distinto.

—Es que…

—Tiene preparada una cómoda habitación. Haré que le conduzcan a ella. Supuse que tendría ganas de hablar, de expansionarse, y por eso he acudido a verle. Observo que no es así, y no insisto.

—Es usted, muy amable.

—Comprensiva, nada más. Su sistema nervioso debe estar deshecho.

—Sin la menor duda.

—Pues haga lo que le he aconsejado: retírese y procure descansar. Comprendo que hasta cierto punto, dada su situación, se mantenga esquivo con personas a quienes no conoce.

Mientras hablaba, pulsó un timbre. No tardó en presentarse Vidosa.

—Guía al señor Busigny hasta el cuarto que se le ha destinado —ordenóle Margit. Y añadió, dirigiéndose a él—: Espero que mañana, más tranquilo, varíe su actitud para con sus compañeros. Buenas noches.

Contuvo Busigny su deseo de insistir en que se le aclarase el enigma, y, tras responder al saludo, siguió a la rumana, quien, sin despegar los labios, le condujo a través de un amplio pasillo y se detuvo ante una puerta, diciendo:

—Ésta es su habitación.

—Escuche, señorita —dijo Rene, deteniendo a la joven con un ademán—. No sé por qué me inspira usted cierta confianza.

—Gracias, señor Busigny.

—¿Querrá contestar a algunas preguntas?

—Lo lamento. No me está permitido. Deseo que pase buena noche.

Le franqueó la entrada, y, tras hacerle un gracioso movimiento de cabeza, se retiró con paso mentido y rápido.

Encogióse él de hombros y penetró en la estancia. Tratábase de un dormitorio perfectamente acondicionado. Un lecho limpio y lujoso pareció darle la bienvenida. ¡Hacía tanto tiempo que no descansaba a gusto!…

Sentóse sobre los bien mullidos colchones y permaneció unos minutos con la frente entre las manos, sin darse cuenta de que la cabeza le ardía, presa de la liebre.

—Debo estar soñando —susurró—. No es posible que sea cierto nada de lo que creo que me ocurre.

La cama tiraba de él con fuerza irresistible. No obstante, venció, en principio, el anhelo de acostarse, y llegando hasta el balcón que el dormitorio tenía, lo abrió con facilidad.

—No hay duda de que estoy libre —se dijo—. Si no soy víctima de una pesadilla y es verdad que me hallo aquí, puedo dar un pequeño salto y encontrarme en la calle…

Tentado estuvo de hacerlo, pero no lo hizo. Varias razones le indujeron a desistir: se encontraba enfermo hasta el punto de no sentirse con ánimos, para llegar a la pequeña finca que poseía en Chareton; si alguien le reconocía, estaba perdido; allí no parecía correr peligro… al menos de momento; el lecho continuaba ejerciendo sobre él una influencia enorme… Por otra parte, ¿debía renunciar a poner en claro lo acontecido? ¡No! ¡De ninguna manera!

Su vida —si es que vivía, si no era presa de algo sobrenatural— iba a comenzar de nuevo, y necesitaba conocer previamente el terreno, que pisara.

Empezó a desnudarse.

CAPÍTULO III

René despertó tarde. Había pasado una noche horrible. A pesar del cansancio, tardó mucho en conciliar el sueño, y éste estuvo poblado de angustiosas pesadillas que le torturaron sin compasión.

Vivió una vez más las inigualables horas de su última noche como condenado a muerte; su encuentro con Paul Chartier; su llegada al sitio donde habían de matarle… A partir de entonces, todo se le aparecía tan confuso como espantoso. Las caras de los soldados que formaban el piquete eran máscaras grotescas y espeluznantes; el comisario, un monstruo que se disponía a devorarle sin acabar de hacerlo; el oficial que mandaba el pelotón, un remedo de la Muerte…

Padeció el tormento de las balas taladrándole el cuerpo; balas que se achicaban pronto hasta convertirse en minúsculas partículas de plomo. Sintióse conducido a una sepultura honda donde le arrojaban, echándole encima grandes paletadas de tierra, que nunca llegaban a cubrirle del todo…

Después veíase a sí mismo huyendo perseguido por los soldados y gendarmes, por los guardianes de la prisión, por el oficial que empuñaba la pistola queriendo darle un nuevo tiro de gracia que resultase eficaz.

Y todos tenían rostros de perros carniceros que abrían las bocas y enseñaban los colmillos manchados de sangre.

Faltaba poco para la aurora cuando, al fin, cayó en un sueño profundo y relativamente tranquilo.

Paseó, al abrir los ojos, la mirada, en derredor, con extrañeza, y tardó pocos minutos en darse cuenta exacta de la realidad.

Sus ropas, mal cortadas y de poco precio, habían desaparecido, y en el lugar de ellas encontrábase una muda completa interior y un traje impecable de discretos colores.

—Continúo en el país de las maravillas —susurró el excapitán,

empezando a juzgar tristemente divertido lo que le estaba pasando.

Se arrojó del lecho y comenzó a vestirse.

Todo le sentaba a la perfección. El traje no tenía ningún defecto ni le hacía una sola arruga.

Cuando consideróse en estado presentable, pulsó un timbre. Momentos, más tarde llamaron a la puerta y sonó la voz de Vidosa, pidiendo permiso para entrar.

—Adelante.

La joven rumana apareció bajo el dintel, y, obsequiándole con su habitual sonrisa, preguntó:

—¿Qué tal ha descansado?

—No sé qué contestarle.

—¿Es que no se encuentra mejor?

—Sí… creo que sí.

—¿Quiere que le sirva aquí el desayuno?

—A su gusto.

—Será preferible que se lo traiga. Así cobrará fuerzas antes de hablar con el jefe.

—¿Ha venido?

—Le espera desde hace rato, pero no ha permitido que se le despertara.

—¡Cuánta amabilidad! Guíeme hasta él, por favor…

—Pero… ¿no desayuna antes?

—No; gracias.

—Venga conmigo, entonces.

Salió Busigny tras la joven, quien le condujo a un gran despacho situado en el piso superior.

—Aguarde aquí —dijo ella—. Voy a anunciarle.

René, al quedarse solo, recorrió con la vista la habitación, tratando de encontrar algún detalle que le revelase algo de lo que le preocupaba, pero fracasó. Todo allí resultaba normal.

Acabó tomando asiento.

Se encontraba débil, muy débil. Las pequeñas heridas dolíanle mucho, y la fiebre, aunque había aminorado algo, continuaba dejándose sentir.

De pronto, sin previo rumor de pasos, entreabriéronse las cortinas de la puerta de entrada y apareció un hombre alto, fuerte, de ojos pardos y castaño cabello, boca de labios carnosos y blancos

dientes parejos, en la cual se marcaba un leve rictus cínico.

René se levantó de un sallo, cual si le acabaran de aplicar una corriente eléctrica, Quiso hablar, y no pudo; quiso avanzar, y las piernas negáronse a obedecerle.

El recién llegado le observó, ofreciéndole una sonrisa cariñosa.

—¡Gastón! —Logró exclamar al fin el excapitán.

—Hola, hermano —repuso aquél, en tono sencillo, que ocultaba sus emociones. Y añadió, rompiendo el nuevo silencio que acababa de producirse—: ¿No quieres abrazarme?

René negó con la cabeza. Penetrando en las tinieblas que hasta entonces le habían rodeado, vislumbraba parte de una hiriente claridad.

—¿De dónde sales? —Fue la pregunta que hizo. Encogióse de hombros el recién llegado, y René añadió—: Me condenaron a muerte porque revelaste secretos militares que yo no sé cómo dejé a tu alcance; porque encontraron en mi despacho documentos que trataban de compromisos con determinada potencia extranjera, y de los cuales yo no tenía conocimiento alguno. Ignoro cómo empezaron a desconfiar. Pero lo cierto es que lo hicieron y que, al efectuar el registro de que te hablo, dieron por segura mi culpabilidad. Me asaetearon a preguntas para que comunicase tu dirección. Yo la ignoraba; pero, aun sabiéndola, hubiera callado, porque, aunque sospechaba de ti, no estaba seguro de ello y nada hubiera adelantado hundiéndote conmigo…

Interrumpióle Gastón:

—Procura serenarte, muchacho. Nuestros asuntos deben todos ignorarlos, y si continúas expresándote en ese tono lograrás que otros se enteren. Vamos a sentarnos. Creo que no has desayunado todavía. A mí no me importa hacerlo dos veces. Tomaremos algo juntos.

Oprimió un timbre. Sus movimientos eran reposados, tranquilos; su rostro, de una impasibilidad asombrosa.

El joven Busigny, crispado por aquella actitud de su hermano mayor, a pesar de que la conocía tan bien, inició una protesta:

—¡Eres…!

—¡Chis!… Calla. Gritar no conduce a nada práctico.

Llamaron a la puerta, y, una vez autorizada, apareció la rumana, quien preguntó desde el umbral:

—¿Desea algo?

—Sí, Vidosa —repuso Gastón—. Lamento molestarla…

—¡Por favor, jefe!

—Quisiéramos tomar el desayuno aquí.

—¡Yo, no! —replicó René.

—Hágame caso —insistió el llamado jefe—. Tiene poco apetito, pero le obligaré a que se alimente.

—Enseguida les sirvo —repuso la muchacha. Y desapareció.

—No es una sirvienta, ¿sabes? —explicó Gastón, como si el asunto pudiera interesar a quien le escuchaba—. Pertenece a nuestro organismo. No podemos fiarnos de criados, y el personal se turna para estos menesteres. Me hago cargo de que este informe no te importa. Te hablo de esa mujer como podría haberlo hecho de otro tema cualquiera, a fin de dar lugar a que te calmes.

Sin hacer comentario alguno, exigió René, secamente:

—Dime para qué me has traído aquí.

—Te diré eso… y muchas cosas más, pero cuando te hayas aplacado. Siempre fuiste impaciente e impulsivo.

—¡Y tú, un hombre sin nervios! Nunca te he visto perder el control. Las cosas más trascendentales te dejan impávido.

—No te fíes de las apariencias. De todos modos, aunque sea como dices, no creo que eso sea un grave defecto.

—Si ese dominio que ejerces sobre ti y esa gran inteligencia que posees los hubieras puesto al servicio de cualquier empresa grande y noble, habría ganado mucho la humanidad.

Gastón hizo un gesto elusivo e insistió en que su interlocutor guardara silencio. Aunque violentándose mucho, René se avino a obedecer. Le constaba que no lograría hacer hablar a su hermano antes de que éste lo considerase oportuno. Y aunque su primera intención fue la de volverle la espalda y huir, dominó tal deseo, acuciado por el afán de conocer lo sucedido.

Vidosa no tardó en regresar, empujando una lujosa mesita portátil, en la cual había cuanto apeteciese un buen gastrónomo.

—Gracias —dijo Gastón, y añadió enseguida—: Deseo que nadie nos interrumpa. Hágalo saber a cuantos haya en la casa.

—Perfectamente, jefe.

Desapareció la joven.

—¡Jefe! —repitió Roñé, con amarga ironía.

El aludido, sin hacerle caso, cerró la puerta por dentro, y comentó:

—Esto es un exceso de precauciones, ¿comprendes? Nunca está de más adoptarlas, aunque se encuentre uno entre los suyos. Anda, sírvete.

—No quiero comer.

—No seas niño. El cuerpo tiene sus exigencias, y negárselas cuando se le puede satisfacer es una tontería —viendo que su interlocutor permanecía inmóvil y ceñudo, empezó él a rendirle honores a las viandas, luego de exclamar—: ¡Haz lo que gustes!

Mascando, las palabras, dijo René:

—Esto es una banda de espías, y tú la diriges, ¿verdad?

—Te felicito por tu penetración —repuso el interrogado, irónico.

—¡Respóndeme!

—En vez de hablarme en ese tono reconcentrado que destila ira, agradece, siquiera sea un poco, el esfuerzo que hemos hecho para salvarte. Cuando te detuvieron, me encontraba ausente de París. Me enteré por la prensa del proceso, y regresé, abandonándolo todo. Tus acusaciones son ciertas. Escondí en un lugar de tu despacho esos documentos, no porque quisiera perjudicarte, sino porque ignoraba que se sospechaba de ti y pensé que en ningún otro sitio podían estar más seguros. Si se hubiera tratado de otra persona cualquiera no me habría preocupado mucho; pero eres mi hermano y me juzgué en la obligación de reparar mi falta e impedir que te matasen. Hice enseguida gestiones encaminadas a tal objeto y me enteré de que el director de la cárcel en que te hallabas era insobornable, así como de las medidas adoptadas para impedir tu fuga. Quizá, a pesar de todo, hubiéramos podido intentar algo. Pero el tiempo apremiaba; tu ejecución se iba a llevar a cabo en un plazo muy breve y recurrí a los medios que de modo inmediato había a mi alcance; supe que durante mi ausencia había ingresado en nuestra organización un oficial del ejército y le di órdenes para que, hábilmente, procurase se le confiara el mando del piquete que había de fusilarte. Se ha derramado el dinero a manos llenas, pues se hizo preciso comprar al médico, a algunos gendarmes y a los que habían de darte sepultura. Tu vida nos ha costado una fortuna, amén de no pocos riesgos, pues aunque se adopten precauciones, nunca se sabe a ciencia cierta cómo reaccionarán las personas a las cuales se

ofrece oro para que olviden su deber. Se te disparó con pólvora sola y algunos perdigones, que ocasionaron sangre. El oficial en cuestión es, según mis noticias, un gran elemento y, no obstante, le obligué a jugárselo todo. Puedes imaginarte lo que le hubiera ocurrido de haber fracasado el plan. Ya lo sabes todo. Ideé primero salvarte sin provocar esta entrevista; pero luego pensé que tu situación iba a ser muy difícil, que necesitarías protección, y opté por hacerte venir aquí. Lamento el que no pudiera recibirte anoche a la llegada, mas surgieron quehaceres relacionados con mi cargo y no me fue posible eludirlos hasta muy tarde. Me he preocupado de que se te facilite ropa a la medida; te tengo a punto una documentación falsa… Opino que no se puede hacer más de lo que he hecho. Debes ahora permanecer oculto hasta que te repongas. Si quieres, un buen cirujano estético te desfigurará el rostro. Después… lo más indicado será que te conviertas en uno de los nuestros.

René —crispado— dio un paso atrás, cual si hubiera querido librarse de la mordedura de un reptil.

—¡Nunca! —exclamó, roncamente—. ¡Prefiero cien veces la muerte a ser traidor a mi patria!

—Tu patria ha querido fusilarte.

—Porque me consideró un canalla, sin serlo. En cambio, tú que lo eres…

—En mi concepto, no. Yo nací fuera de Francia.

—En virtud de un accidente; pero nuestros padres eran franceses y por tus venas corre su sangre…

—Va en apreciaciones, muchacho.

—¡Calla! Tus palabras me producen indignación y amargura. Siempre te tuve por cabeza loca. Cuando me llegaban noticias de tus sucios manejos sufría grandemente; pero nunca pude imaginar que cayeses tan bajo.

—¡René!

—¡Tan bajo! ¡Jefe de una organización de espías contra nuestro país! ¡Es horroroso; horroroso!

Las exclamaciones brotaron con dificultad de la garganta del excapitán, envueltas en lágrimas que no salieron a los ojos.

Gastón dejó sobre el plato la taza de café que disponíase a llevar a los labios, irguióse pausadamente y repuso en tono sin inflexiones:

—No me arrepiento de haberte salvado porque —aunque no lo

creas, aun contra mi voluntad— en el fondo de mi pecho queda algo noble, además de un gran cariño hacia ti; pero lo que sí lamento es haberte dado estas explicaciones. Libre eres de hacer lo que te parezca. Pienso que tu cariño está lleno de obstáculos y que la única manera de resolver tu situación sería desentenderte de prejuicios y trabajar conmigo; pero…

Interrumpióle el joven:

—¡Repito que nunca! ¡Jamás traicionaré a Francia! ¡No te agradezco que me hayas salvado! ¡Hubiera preferido morir a enterarme de lo que eres!

—Bien está. Insisto en que hagas lo que quieras. Lo único que te encarezco es que seas discreto. La organización cree que perteneces a ella.

—¿Qué dices?

—Merced a tal embuste pude manejar los hilos necesarios y disponer de sumas enormes para arrancarte a la muerte.

—¡Gastón!

—Sólo te pido que finjas, por lo menos, durante el tiempo que permanezcas aquí. Si descubriesen mi mentira lo pagaría muy caro.

—Pero…

—Inventaré una misión especial y de ese modo justificaré tu ausencia.

—Quiero marcharme enseguida.

—¿Ni siquiera me das tiempo a que prepare mi coartada?

—No.

—Está bien. Aguarda a que anochezca y vete. Resultaría peligroso hacerlo a pleno sol. Reflexiona durante las horas que faltan, muchacho.

—Nada tengo que reflexionar. Abre. Quiero salir. Me hace daño tenerte cerca.

De los labios de Gastón desapareció el gesto cínico para dejar paso a otro de amargura.

Fue hacia la puerta.

No imaginaba que la húngara Margit Borsy había tenido la oreja pegada al otro lado de la cerradura, enterándose de toda la escena.

En el momento de abrir, dijo Gastón:

—Antes no quisiste abrazarme y supongo que ahora lo querrás menos. No importa. Te deseo suerte. Procura salir de Francia. Adiós.

Franqueó la salida.

René avanzó unos pasos: luego se detuvo y, mirando a su hermano con ansiedad, repuso:

—Adiós. Si alguna vez te arrepientes de lo que haces y me buscas, me encontrarás… admitiendo que para entonces esté vivo.

Abandonó el despacho. Se había orientado bien y dirigióse a la estancia donde pasara la noche. La casa parecía deshabitada.

Gastón, al quedarse solo, volvió al sillón que abandonara poco antes. Después de encender un habano, retrepó la cabeza en el asiento. Miraba sin ver.

Aun cuando su rostro permanecía inalterable, era víctima de intensa angustia. Las palabras de su hermano habíanle como arañado el corazón. Notábase disgustado consigo mismo al advertir que su sensibilidad no estaba del todo muerta, como hubiera deseado.

De su inmovilidad y ensimismamiento sacóle la voz de Margit, quien apareció en la puerta.

—¿Puedo pasar?

Había tono irónico en la pregunta.

Gastón frunció ligeramente el ceño. Luego, recobrada su habitual actitud fría, repuso:

—Entra.

Avanzó la bella húngara y tomó asiento en el brazo del sillón ocupado por el hombre. Su postura era indolente y provocativa. Prendió un cigarrillo, y tras lanzar al aire una bocanada de humo, dijo con sencillez, cual si se recrease en contemplar las azules volutas:

—A mí también me hicieron llegar la orden de que no se te molestase durante la entrevista que acaba de llevar a efecto.

—Me parece bien.

—Creí que no se me tenían secretos.

La miró él con dureza.

—Pues creíste mal.

—¿De veras?

—¡Naturalmente!

—Milovan no los guarda… y está por encima de ti.

—Milovan puede hacer lo que estime conveniente.

—Es el jefe de la organización en Europa.

—Yo lo soy en Francia, nada más; pero no me creo en la obligación de darte cuenta de mis actos.

—Obligación no tienes, desde luego; pero creo merecer tu confianza.

—Según de lo que se trate. Y si has venido para envolverme en tus censuras…

Hizo ademán de levantarse y ella le contuvo, diciendo:

—No te enfades. Si te he molestado, perdóname. Sabes, lo mucho que representas en mi vida.

Intentó rodearle el cuello con un brazo. Gastón abandonó el asiento con brusquedad y se acercó a uno de los ventanales. Margit mordióse los labios, mas dominando su ira agregó, sin moverse de donde estaba:

—Sigues tan arisco como siempre. Mereces mi odio, y sin embargo… no consigo odiarte.

—Me da lo mismo.

—¡Cuidado, Gastón; cuidado! ¡No me trates con ese desdén! Estás jugando con fuego y…

Se volvió él lentamente. Su cara continuaba impasible, pero sus ojos pardos refulgieron amenazadores y cortaron la frase de la mujer.

—¿Me amenazas? —preguntó, mirándola con fijeza.

—¿Amenazarte?… No.

—Sería peligroso, ¿entiendes? Yo no tolero amenazas de nadie. Ni siquiera de la amante de Milovan.

—No hace falta que me lo digas. Te conozco bien y… porque te conozco te quiero.

—No volvamos a las andadas.

Aproximósele ella con pasos de gata hasta colocarle las manos sobre los hombros.

—Milovan llega esta tarde. Acabo de recibir un cable anunciándomelo. Ignoro si esta vez querrá llevarme consigo. Hoy puede ser nuestra última oportunidad. Dime que me amas y huiremos juntos donde nadie pueda encontrarnos. Tenemos dinero, mucho dinero. Podemos vivir apartados de los peligros. Yo seré tu esclava…

Gastón, suavemente, apartó las manos, que avanzaban hacia su cuello, y repuso:

—Escucha, Margit: tengo el defecto o la virtud de la sinceridad, aunque a veces esta resulte grosera. No te quiero. Yo no quiero a nadie; quizá ni a mí mismo. Eres hermosa y probablemente te aceptaría, aun no poniendo en juego nada íntimo, si no pertenecieras a Milovan. Pero le perteneces, y yo no traiciono a un hombre cuyas órdenes acato y que me llama amigo.

—Es que…

—Basta. Lo que acabas de oír, aunque no tan crudamente, te lo he dicho antes de ahora. No insistas nunca más, y agradece que no haga verle a él la clase de mujer que eres.

Y volviéndole la espalda, abandonó el despacho.

CAPÍTULO IV

Milovan Dbrojas, jefe en Europa de la organización de espionaje que tenía a Gastón como delegado en Francia, era un yugoeslavo de cuarenta y cinco años, aproximadamente, complexión robusta, cuello de toro, ojos negros, grandes y hundidos, cuya mirada quieta desconcertaba a cuántos la sufrían más de cuatro segundos.

Su temperamento parecía cortado por el patrón del mayor de los Busigny: la misma frialdad, idéntico dominio sobre los nervios…

Llegó Dbrojas al número ocho de la calle Frecynet a las pocas horas de haberlo abandonado Gastón. Tutte le abrió la puerta e hizo ante él una inclinación profunda; Vidosa, que cruzaba por el recibidor en aquel momento, se le quedó mirando, muy abiertos los bellos ojos azules y dando pruebas de un respeto sin límites. El yugoeslavo le dirigió un conato de sonrisa, produciéndole un extraño escalofrío con la fijeza de sus pupilas. Margit acudió corriendo y le estrechó en sus brazos, luego de haber exclamado, con acento declamatorio, desde la puerta:

—¡Milovan!… ¡Por fin llegaste!

Acogióla Dbrojas sin gran efusión. Estaba ya harto de aquella mujer que en otro tiempo le incendiaba la sangre y que ahora te producía casi malestar. No la había apartado de su camino porque le era muy útil en sus complicados manejos.

Para la húngara no pasó inadvertida la mirada de complacencia que el yugoeslavo dirigió a Vidosa y a su vez la envolvió en otra de odio, que sobrecogió a la muchacha.

Margit y Milovan encerráronse pronto en el despacho. Él, rehusando con un ademán los mimos que ella le ofrecía, preguntó, sentándose tras la mesa-escritorio:

—¿Qué novedades hay?

—Bastantes.

—¿Cómo no está aquí Busigny? ¿No le mostraste mi cable?

—Le dije que llegabas hoy y sin embargo se ha marchado. Debe encontrarse atareadísimo con sus asuntos particulares.

La escrutó Dbrojas duramente. Conocía bien a su cómplice y no le pasó por alto el tono empleado por ésta.

—¿Qué quieres expresar?

—Tengo que decirte algo muy desagradable con respecto a ese hombre.

—Mide tus palabras, Margit.

—No puedo medirlas, si he de serte sincera, como es mi costumbre y obligación. Ahora bien, si prefieres que calle…

—Te escucho.

—Gastón Busigny ha abusado de tu confianza y de la de todos nosotros, derrochando dinero y exponiéndonos a graves peligros en beneficio de una empresa que sólo a él compete.

La expresión de Milovan se tornó más dura que de ordinario. No dijo nada; pero, aun sin hablar, hizo comprender a su interlocutora el efecto originado por lo que acababa de oír. Ésta, tomando asiento en una butaca próxima, le informó de cuanto se había hecho para salvar a René, así como de la conversación que los dos hermanos sostuvieron horas antes en aquel mismo lugar. Terminó diciendo:

—Nunca dudaste de mis informes y espero que tampoco dudes ahora. De todas maneras te será fácil confirmarlos con sólo preguntar a cualquiera de los muchos que han tomado parte en el «trabajo».

—No es preciso. Te creo.

Hubo un silencio largo. Milovan tabaleaba sobre la mesa. Aquel movimiento de dedos era en él acostumbrado siempre que algo le preocupaba.

Margit le observó disimulando bien su íntima complacencia. Era rencorosa en grado sumo y el deseo material que Gastón le inspiraba habíase convertido súbitamente en aborrecimiento. Más que la amenaza de descubrirla que aquél dejó en el aire la había herido el desprecio con que fue tratada.

Se daba cuenta de que ya sólo podía conservar la belleza a base de secretos de tocador, y tal descubrimiento había infernado su alma, haciéndola peor de lo que siempre fue.

El temor, basado en pruebas, de haber dejado de interesar también a Dbrojas, la atormentaba con frecuencia y, perdida la

esperanza de que Gastón huyese con ella, había resuelto sujetar a aquél a toda costa.

Interrumpió la larga pausa, anunciando:

—Todavía me queda algo que decirte relacionado con Busigny… y conmigo.

El yugoslavo tornó a clavarle el fuego de sus pupilas…

—Explícate —ordenó.

Adoptando un aire de humildad y recogimiento, repuso la gran vividora:

—Yo sé defenderme y… por evitarte un disgusto, me hubiera guardado esta revelación, limitándome a mantener a raya a ese hombre cuya colaboración estimabas tan útil; pero después de lo que ha hecho, no creo pienses en seguir distinguiéndole con tu confianza… y me decido a hablar: ¡está enamorado de mí!

—¿Eh?

—Me persigue; me acosa. Hoy mismo, cuando le informé de que llegabas, quiso convencerme para que huyésemos, abandonándolo todo y llevándonos cuánto dinero hay en las cajas de la organización.

Un leve fruncimiento del entrecejo fue el único signo de la tormenta que acababa de desatarse en el yugoslavo. El hecho de que Margit hubiese dejado de gustarle no era óbice para que su soberbia sintiérase pisoteada al ponderar la ofensa que le significaba lo oído.

Levantóse la húngara y se colocó tras él, rodeándole el cuello con sus brazos mientras le susurraba, acariciándole con el aliento:

—¡Ese necio!… ¡Pensar que yo pudiera abandonarte!…

Dbrojas dejóse besar; luego, apartó suavemente a Margit.

—Hay algo más importante que las tonterías amorosas —dijo. Abrió un cajón lateral de la mesa, tomó una pistola, a la que puso un silenciador, y añadió, levantándose—: No conozco este domicilio que habéis tomado durante mi ausencia. Guíame a la habitación de ese René Busigny.

—¿Qué te propones?

—¿Es preciso que te lo explique?

—No, claro.

Echó la mujer a andar delante, seguida del hombre.

—Aquí es —anunció ella, deteniéndose ante el dormitorio que

destinaron al excapitán.

—Llama.

Obedeció Margit, sin obtener respuesta.

La llave estaba echada por dentro.

Dbrojas aporreó las cerradas maderas, con idéntico resultado. En virtud de ello, descargó repetidas veces el peso de su cuerpo sobre la puerta hasta hacer saltar la cerradura.

No había nadie en la estancia. El balcón hallábase abierto de par en par.

—¡Ha huido! —exclamó el yugoslavo.

Y Margit repitió la frase, agregando:

—Ha huido. No es de los nuestros; nos conoce a varios y sabe dónde puede encontrarnos.

—¡Calla!

La orden fue seca, como un pistoletazo.

Margit no recordaba haber visto nunca el rostro de su amante tan alterado como en aquella ocasión. Resultaba horrible, espantoso.

Aquello duró sólo unos momentos, si bien bastaron para dar idea de la calidad moral atesorada por el jefe de los espías en Europa. Enseguida recobró su calma.

—Volvamos al despacho —dijo.

Margit siguióle.

Cuando estuvieron nuevamente en la dependencia indicada, pidió él:

—Trae el plano de este edificio.

—Te enviamos una copia al comunicarte la adquisición.

—Pero no la tengo a la vista.

Ella apresuróse a obedecer.

Milovan estudió el dibujo.

—Sí —murmuró, como hablándose, a sí mismo—. Reúne buenas condiciones. La galería secreta puede ser muy útil en caso de necesidad. No estoy dispuesto a prescindir de este refugio… aunque lo abandonemos durante una temporada. Da órdenes para que recojan todo lo que hemos de llevarnos, y para que varios hombres vigilen los alrededores estableciendo enlaces por si ven acercarse a alguien sospechoso.

—¿Algo más?

—Vuelve tú para ayudarme a preparar lo que haya aquí.

Salió la húngara. Dbrojas se puso a sacar y amontonar papeles. Estaba intranquilo, pero su intranquilidad no resultaba visible.

La reflexión le hizo ver que no corrían peligro inmediato. Dadas las especiales circunstancias en que se encontraba René, lo más lógico era que se hubiese apresurado a quitarse de en medio antes de pensar en denuncia alguna.

Regresó Margit, precipitadamente.

—Busigny acaba de llegar —anunció.

Dbrojas apretó los labios hasta convertirlos en una breve línea casi horizontal.

—Déjame sólo con él.

Se dispuso ella a salir.

—Y si no… espera. Quiero que presencies la entrevista… por si acaso.

—Tú mandas.

—Siéntate y no demuestres nerviosidad.

—Descuida. Sé estar a tono con las circunstancias.

Dejóse ella caer negligentemente en un sofá y fingió concentrar la atención en una revista que había a mano. Dbrojas siguió repasando papeles.

Llamaron a la puerta.

—Adelante —autorizó el yugoslavo.

Penetró Gastón sonriendo amable y con la mano extendida:

—Hola, jefe; ¿qué tal ese viaje?

—Bien, muchacho, bien —repuso Milovan en tono afectuoso y correspondiendo al saludo—. ¿Y por aquí, qué hay?

—Algunas cosas de interés. Perdona que no me quedara aguardándote; pero como el cablegrama no venía dirigido a mí y tenía que resolver ciertas cuestiones…

—No tiene importancia. Siéntate.

Busigny lo hizo.

—¿Un cigarro?

—Sí; gracias.

Encendieron ambos.

—Bueno… aguardo tu informe —dijo el yugoslavo, con la mayor naturalidad.

Gastón le dio cuenta de todos los asuntos que, relacionados con

la organización, se habían llevado a efecto durante la prolongada ausencia del que le oía. Éste mostraba su conformidad con ligeros movimientos de cabeza o hacía preguntas sobre los extremos que no encontraba claros.

Daban la sensación de dos buenos amigos entre los cuales no existieran diferencia de ninguna especie.

Cuando Busigny hubo terminado, Dbrojas preguntó:

—¿No te queda nada por decirme?

La pregunta, aunque hecha con naturalidad, produjo mal efecto en el informador. Dirigió una furtiva mirada a Margit —en cuyos ojos creyó descubrir una lucecita burlona, cruel—, y repuso, volviéndose de nuevo al yugoslavo:

—¡Claro que me queda! Lo más importante… al menos para mí. Por eso lo he guardado para el final. Entre los elementos que nos han prestado mayores servicios figura un hermano mío llamado René.

—No me habías hablado de él nunca.

—Lleva poco tiempo con nosotros.

—¡Ah!

—Recientemente, por servirnos, cayó en poder del enemigo y le condenaron a muerte.

—¡Qué contrariedad!

—Tanto porque lleva mi sangre como por la utilidad que nos representa, hice lo necesario para librarle de la muerte, y lo conseguí.

—¿Qué fue lo que hiciste?

—¿Deseas los detalles?

—Me divertiré oyéndolos.

Gastón, un tanto desasosegado, accedió a lo que se le solicitaba, y, sin mencionar cifras, habló de las fuertes sumas gastadas, de los riesgos corridos… Tenía la seguridad de que el jefe acabaría por enterarse y estimó preferible comunicárselo él.

—Mucho tienes que confiar en la valía de ese hombre para haber sembrado así el dinero y comprometido a nuestros muchachos hasta esos puntos.

—Pues… sí; confío.

—Comprenderás que el hecho de que sea tu hermano carece para nosotros de importancia. Ahora bien; si a tu juicio, tanto su

actuación pasada como la futura lo merece todo…

—Así lo creo.

—¿Dónde está ahora? Me gustaría verle.

—Cuando me marché quedó en esta casa.

—Pero ya no está.

—¿Cómo?… Luego ¿ya sabías…?

—Algo. No te encontré al llegar y… no ha faltado quien me orientase.

De nuevo miró Busigny a la húngara, quien le devolvió la mirada con fijeza hiriente.

Cambiando de tono, aunque sin exteriorizar excitación, dijo Busigny observando otra vez a Milovan:

—Me hubiera ahorrado las explicaciones de haberme dicho que no te eran necesarias.

—¿Por qué no me lo habían de ser? Eres tú el encargado de darme el informe oficial. Lo que llegue a mis oídos por otro conducto tiene sólo valor muy relativo. Por otra parte… creo tener derecho a conducirme como me parezca, ¿no?

—Desde luego…

—¿Cuál es el domicilio de tu hermano?

—Lo ignoro.

—¡Cómo! ¿Es un colaborador valioso, según acabas de afirmar, y no sabes dónde vive?

—Habitaba en el cuartel y no ha tenido tiempo, como es lógico, de buscar alojamiento.

—Entonces… si necesitamos verle…

—Vendrá por aquí. No creo que tarde.

—Lo dudo. Un hombre que piensa regresar, no huye por el balcón.

—¿Qué insinúas?

—No insinúo nada. Mis palabras no dejan lugar a dudas.

Gastón abandonó su asiento, sin apartar la vista de Milovan. Éste sonreía de modo significativo.

Se produjo una larga pausa.

—Escucha, jefe —dijo Busigny, al fin—: Tengo la impresión de que ocultas algo. Quizá alguien te ha predispuesto contra mí.

Y fijó las pupilas en la húngara.

Preguntó Dbrojas con afectada naturalidad:

—¿Por qué miras a Margit? ¿Crees que ella pueda tener algún motivo de resentimiento? ¿Le has dicho o hecho algo que la ofendiese?

—Que yo sepa, no —replicó el interrogado, sin dejar de escudriñarla.

Abandonó ella la revista e incorporóse perezosamente, a la par que decía:

—Gastón es un gran amigo tuyo, Milovan; tan gran amigo… que está encariñado con todo cuanto te pertenece.

Y derramó tanta ironía al hablar, que sus palabras equivalieron a la más fuerte de las acusaciones.

Busigny se volvió hacia ella:

—¡Siempre te consideré una mujer perversa, Margit, pero no creí que llegases a tanto!

—¡Y tú eres un…!

—¡Calla! —ordenó Dbrojas a su amante. Y añadió, «conciliador», dirigiéndose a Busigny—. ¿Qué es eso de perder los estribos, muchacho? Tales actitudes son impropias de nosotros.

—Es cierto —disculpóse Gastón, dominándose con facilidad—. Perdona.

—No hablemos más del asunto. Sería conveniente que te ocupases inmediatamente de averiguar el paradero de tu hermano.

—Es que…

—Nos explicará los motivos de su absurda marcha y oiremos lo que está dispuesto a hacer para agradecernos el haberle salvado. Creo que te has excedido en su obsequio; pero lo hecho, hecho está. A lo mejor, si él quiere, nos resarcirá sobradamente de todo.

La buena disposición aparentada por el yugoslavo satisfizo a Gastón.

—Agradezco lo que dices —confesó.

—La cosa es natural, hombre. Anda, ve a buscarle. De paso, el aire te aplacará los nervios. Ya hemos despachado cuánto había pendiente, ¿no?

—Por mi parte, sí.

—También por la mía.

Busigny se dispuso a obedecer. La orden de buscar a su hermano le desagradó profundamente, tanto por la dificultad de cumplirla como porque estaba seguro de que el muchacho no se avendría a

seguirle. No obstante, pensó que era preciso ganar tiempo e idear alguna solución favorable.

Tendió la mano al yugoslavo, y éste se la estrechó. Sin mirar a Margit, dirigióse a lo puerta.

No pudo traspasar los umbrales.

Milovan empuñó la pistola con silenciador e hizo fuego dos veces.

Las balas se clavaron en la espalda de Busigny, quien se detuvo, dio media vuelta, intentó avanzar y desplomóse de bruces.

—¡Maldito! —dijo, mascando las palabras.

—¡Traidor! —contestóle Dbrojas.

Gastón encogióse, cerró los párpados y quedó inmóvil.

Margit había corrido junto a su amante. Le cogió del brazo y dio con el pie al caído, a la par que rugía:

—¡Ya tienes tu merecido, perro!

Milovan, dejando el arma sobre la mesa, ordenó a la húngara:

—Avisa a los muchachos.

Salió ella para volver a los pocos minutos, precediendo a cuántos espías había en la casa, los cuales quedaron atónitos al ver el cuadro.

Con solemnidad, explicó Dbrojas:

—Habremos de elegir un nuevo jefe. Este olvidóse de sus obligaciones para con nosotros; nos ha traicionado… y acaba de recibir su premio —y añadió, mirando a los dos hombres que tenía más próximos—: Lleváoslo. La noche está muy avanzada y no os resultará difícil arrojarle al Sena.

CAPÍTULO V

El coche, llevando en su interior el cuerpo de Gastón Busigny, abandonó la calle Frecynet, tomó la de Reynaud, cruzó la Avenida Wilson, y por la calle de Perier entró en la Avenida de Tokio. Allí torció hacia el oeste y se detuvo cerca del puente d'Lena, donde apeáronse el conductor y otro espía que le acompañaba.

El lugar estaba desierto. La luz de la luna se quebraba en el caudaloso río que tanto sabía de misterios, de crímenes y suicidios.

El motor del automóvil había quedado en marcha.

Los espías echaron una nueva mirada en derredor.

—Nadie —dijo uno.

—Despachemos pronto.

Abrieron una de las portezuelas y tomaron entre los dos el cuerpo, luego de haberle sacado arrastrando.

—¡Cómo pesa!

—¡Más de lo que parece!

Levantaron su carga.

—¡Aaaaup!

—¡Aaaup!

El cuerpo dio una vuelta en el aire cual pelele gigantesco, y cayó pesadamente sobre las aguas.

—¡Listo el asunto!

Pero apenas uno de los miserables hubo acabado de lanzar su exclamación, el otro le cogió de un brazo y tiró de él, al propio tiempo que acuciaba:

—¡Pronto! ¡Vienen!

En efecto, un coche de la Policía acababa de surgir y precipitábase sobre los espías. Ganaron éstos el suyo y partieron a la velocidad máxima. El de atrás, luego de llenar el aire con los estridores de la sirena, se detuvo escasos segundos y del interior

saltó uno de los ocupantes, a quien el sargento había encomendado la misión de hacer lo posible por el hombre que habían visto arrojar al río.

Inmediatamente inicióse la caza del hombre por el hombre.

Los malhechores, apenas hubieron entrado en la calle Beethoven, diéronse cuenta de que sus perseguidores ganaban terreno.

—¡Nos alcanzan! —gritó el que iba junto al conductor.

—Llevan un coche mejor que el nuestro.

—¿Por qué elegiste éste?

—Era el único que había en el garaje. Los otros andarán por ahí…

—¡Maldita sea!…

—Prepara la «artillería». No podemos dejarnos coger. Nos han visto dar el baño a Busigny.

Mientras el chofer procuraba sacar al Chevrolet todo rendimiento, su compañero, empuñada la pistola-ametralladora, apuntó al automóvil que se les venía encima y disparó en el instante de bordear el Trocadero.

La agresión fue contestada adecuadamente; una ráfaga de balas partió del coche de la Policía.

Ni unos ni otros hicieron en principio blancos de consideración; el plomo estrellóse sin herir a nadie ni causar averías de importancia. Pero al llegar los perseguidos a la calle de Vineuse, una bala penetró por la mirilla de atrás y atravesó la frente del espía que manejaba la pistola.

Derrumbóse sin proferir un grito. El conductor se dio cuanta. Sin abandonar el volante, cogió el arma que llevaba en el bolsillo exterior de la chaqueta e hizo fuego hacia atrás con la esperanza de impedir que los perseguidores advirtiesen el éxito obtenido.

Uno de los disparos, aun hechos al azar, hirió al agente que conducía.

—¡Me han tocado! —dijo éste.

El sargento se apoderó del volante sin que el automóvil se detuviese; su compañero se retiró, pero, despreocupándose de la sangre que le brotaba, empuñó una pistola con la mano izquierda, demostrando saber utilizarla.

Comprobaron pronto que ya no les hostigaban desde la

ventanilla de detrás y lanzaron una rociada de plomo sobre los neumáticos del vehículo ocupado por los espías. Éste hizo un viraje rápido y forzoso, que aprovecharon los perseguidores para adelantarse y disparar sobre el conductor.

El automóvil enemigo chocó contra la pared, produciendo un ruido impresionante.

Apeóse el sargento y, sin abandonar el arma, avanzó hacia el lugar del siniestro sin que nadie intentara impedírselo: los malhechores habían dejado de existir.

Sólo entonces ocupóse el policía herido de contener la hemorragia de su hombro.

Pronto viéronse rodeados de curiosos que acudieron llamados por el fragor de la lucha, muchos de los cuales prestaron su concurso para sacar los cadáveres.

Entretanto, el agente que se apeara junto al puente había demostrado un heroísmo digno de todo encomio. En cuestión de segundes despojóse de las prendas exteriores y se dispuso a lanzarse al río. Había acudido gente que oyó la sirena y que trataba de averiguar lo que ocurría. Él, mientras se desnudaba, exclamó:

—Un hombre ha sido arrojado al río. Traten de llamar la atención a los barcos próximos.

Y se tiró al agua.

A la luz de la luna viósele nadar como un pez en dirección hacia el sitio donde cayera Busigny.

Los testigos de la emocionante escena cumplieron la misión encomendada, y a fuerza de desgañitarse consiguieron llamar la atención de los ocupantes de una pequeña barca que avanzaba hacia allí. Informaron a los remeros del suceso y pudieron observar cómo estos disponíanse a ser útiles.

Los titánicos esfuerzos del valiente policía viéronse coronados por el éxito: el cuerpo de Gastón emergió de entre las aguas y las manos de aquél lo sujetaron antes de que volviera a hundirse.

La aproximación de la barca no pudo ser más oportuna. Pocos minutos después, tanto la víctima de los espías, como el agente, encontrábanse dentro de ella.

Rechazó el policía los auxilios que le quisieron prestar.

—Estoy bien —dijo—. No necesito nada. Veamos a este hombre.

Uno de los remeros, que ya atendía a Busigny, exclamó:

—Este hombre está muerto. Le mataron antes de arrojarlo al río.

Acudió el agente a cerciorarse. En principio lo creyó así también, pero luego dijo con satisfacción y orgullo:

—Se equivoca. Vive.

—¿Que vive?

—Su corazón late, aunque cuesta trabajo percibirlo. Sin duda, el choque con las aguas hizo que reaccionara y llevase a cabo un supremo esfuerzo para sostenerse. ¡A tierra, pronto! Le conduciremos al hospital más cercano.

La orden fue obedecida con diligencia suma.

Mientras unos remaban, esforzábanse otros en reanimar a Busigny, cuyas heridas no sangraban ya. Vano empeño. Aquel hombre no había exhalado el último suspiro, pero daba la impresión de hallarse próximo a lanzarlo. Lo único que surtió algún efecto, aunque muy leve, fue un poco de coñac que alguien le deslizó entre los labios.

—Opino que no hay nada que hacer, agente —dijo el que parecía ser patrón de la barca—. Se ha expuesto usted para salvar a un casi cadáver.

El policía encogióse de hombros y repuso con sencillez:

—He cumplido con mi deber.

Desembarcaron.

El cuerpo exánime de Busigny fue llevado al puesto de socorro más próximo, donde el médico de guardia entró en funciones.

—¿Qué opina usted, doctor? —quiso saber el agente, quien tiritaba bajo una chaqueta que le habían prestado.

—Sencillamente, que debe usted acostarse y tomar algo para entrar en reacción.

—No me he referido a mí, sino a ese pobre hombre.

—Con este pobre hombre, como usted dice, temo haya muy poco que hacer.

CAPÍTULO VI

Citando, angustiado por todo lo que supo en la entrevista con su hermano, y dejándose llevar por el deseo de no volver a verle hasta que se regenerase, huyó René Busigny de la calle Frecynet, dirigió sus pasos hacia la pequeña quinta que poseía en Chareton y a la cual sólo muy de tarde en tarde solía acudir.

El camino resultóle tan angustioso que más de una vez estuvo tentado de dejarse caer, cerrar los ojos y abandonarse a su adversa suerte. Todo se le juntaba: el afán de pasar inadvertido, el dolor de las pequeñas heridas, el horrible sufrimiento moral, la fiebre que le devoraba…

Llegó, sin embargo; una fuerza anímica y misteriosa le prestó aliento, ayudándole a sobreponerse a las torturas, insuflándole el anhelo de vivir y luchar.

Los últimos cien metros recorridos a pie, luego de haber desaparecido los medios de locomoción, se le antojaron interminables. No veía ya; había perdido la noción de las cosas.

Derrumbóse a pocos pasos de la puerta trasera de la finca; se arrastró desesperadamente y, al llegar a los primeros escalones, dejó de pensar y de sentir.

Transcurrió el tiempo.

Cual si le llegase de un mundo distinto, oyó una voz conocida que exclamaba:

—¡Señorito René!… ¡Señorito!…

Y nada más. Hasta aquellos acentos, que tuvieron repercusiones en lo más hondo de su ser, se borraron. Fue como si un impalpable manto de tinieblas le envolviese por dentro.

Veinte horas más tarde volvió en sí, aunque tardó en desentornar los párpados.

Encontróse aturdido cual si su cerebro estuviese lleno de vapores compactos.

Poco a poco inicióse la evaporación de su negrura mental.

De pronto lo recordó todo atropelladamente, brutalmente. Estremecióse y lanzó un gemido angustioso.

—Señorito René —oyó decir muy cerca—, tranquilícese. Está en su casa, sin ningún peligro que le aceche.

Abrió el enfermo los ojos, recibiendo la grata impresión de ver, próxima a la suya, la anhelante faz de Gilles Noiret, el viejo criado, jardinero y guardián, todo en una pieza, de la finca.

—Hola, Gilles —musitó.

—¡Por fin le oigo! ¡Qué alegría!

—También yo me alegro de verle.

—En principio creí que era usted un aparecido; luego, cuando me convencí de la realidad, me asaltó el temor de que muriese; ahora ya estoy seguro de que se encuentra a salvo.

La emoción del anciano despertó una sonrisa de agradecimiento en les labios del joven capitán.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Poco… poco relativamente; aunque viéndole cómo estaba, se me han hecho las horas siglos. No hable; creo que no le conviene.

Desentendiéndose de la recomendación, siguió preguntando Busigny:

—Dígame, Gilles; ¿ha avisado a algún médico?

—No; no me atreví. Perdóneme, pero… teniendo en cuenta lo ocurrido, pensé que no convenía que nadie supiese… La duda sobre lo más oportuno me ha hecho padecer bastante. Yo… sé algo de medicina casera, y…

Le interrumpió Busigny tendiéndole una mano que cayó sin fuerzas sobre la colcha, y murmurando:

—Gracias, viejo. Es usted de lo que no hay.

—¿He acertado?

—Como mejor no era posible.

La cara del sirviente resplandeció al oír tales palabras.

Dieron por concluido el breve diálogo. René estaba falto de alientos, y Gilles, sobre no ser curioso, comprendía que al paciente le convenía callar.

La fiebre persistió algunos días, pero al fin comenzó a decrecer y al cabo de una semana había desaparecido. La singular naturaleza del muchacho se sobrepuso. Los paternales cuidados de Noiret

contribuyeron no poco a ello. El buen viejo derramó lágrimas al conocer la odisea de aquél a quien había acunado en sus brazos, y suspiró hondamente, sin comentar nada, cuando supo, aunque sin detalles, la intervención que Gastón tuvo en el asunto.

Durante aquella corta temporada de reposo, René sintióse empujado por el deseo de escribir a Columba; mas logró reprimirse. Quería sorprenderla sin previo aviso. Y continuó dejando pasar los días sin el más pequeño contacto con el exterior. Al finalizar la segunda semana se consideró con fuerzas para afrontar nuevamente las contingencias de la vida.

Rehuyendo sitios concurridos, eligiendo sombras y sorteando luces, René llegó al distrito del Palais *Bourbon*.

Llevaba gafas obscuras; habíase quitado el enhiesto bigote que usó siempre; su semblante no tenía el buen color de antes, y su cuerpo había adelgazado. Todo ello, unido a las ropas de paisano que vestía, ¡él, que nunca se quitaba el uniforme!, hacía casi imposible que se le reconociera. Además, la gente creíale muerto; ¿quién, aun cuando se hubiera tratado de un amigo que se le cruzase en la calle, iba a relacionarlo con el capitán Busigny, fusilado por traidor a la patria quince días atrás en Vincennes?

La noche era obscura, pese a que la luz de las estrellas abríase paso por entre algunas tenues nubes.

Al desembocar en la calle Chervet, Busigny se detuvo: dos hombres de mala catadura peleaban en silencio, rechinando los dientes, jadeando; con ansias de aniquilarse, sin que nadie pudiera impedirlo.

El primer pensamiento del excapitán fue pasar de largo, pues no le convenía intervenir en nada que atrajese a la fuerza pública; pero al ver que uno de los contendientes caía al suelo de bruces y el otro sacaba un cuchillo dispuesto a clavárselo en la espalda, no se pudo contener. La nobleza de sus sentimientos empujóle, por encima de toda reflexión, a impedir el crimen, y dando un salto sujetó el brazo del asesino, quien lanzó una maldición abogada y trató de hacer objeto de su ira al inesperado interventor. Éste, aunque había perdido facultades, conservaba más de la fuerza necesaria para vencer al maleante, el cual mirábale con ojos de basilisco, procurando eludir aquellas garras que, como si fueran de hierro, le reducían a la impotencia.

—¡Suéltame, maldito! —rugió.

—¡Márchese pronto! —ordenó René al que se hallaba en tierra y comenzaba a incorporarse. Éste, tan pronto como hubo recobrado la posición vertical, hizo intención de abalanzarse otra vez sobre su enemigo; pero en aquel momento vio doblar la esquina a una pareja de gendarmes, avisada sin duda por cualquier transeúnte, y emprendió una carrera desesperada en sentido opuesto.

—¡Suélteme! —insistió el que se hallaba en poder de Busigny, empleando ahora un tono suplicante—. ¡No me entregue a esa gente!

René vaciló unos segundos. En medio de todo, ¿qué sabía él de los motivos que pudieran tener aquellos hombres para desear matarse, ni quién poseía la razón? Habíase limitado a impedir un crimen y no le incumbía llegar a más.

—¡Corra! —dijo. Y soltó su presa. El desconocido no necesitaba de tal indicación. En pocos saltos se puso fuera del alcance de la fuerza coercitiva. Busigny le imitó. Estaba seguro de que haríanle preguntas, de que le serían pedidos documentos… Y… ¡no se hallaba en condiciones de prestarse a la demanda!

Como un indeseable más se perdió entre las sombras.

Los gendarmes, no sabiendo a cuál de aquellos hombres perseguir, decidieron no mostrar preferencia por ninguno. En medio de todo, no había habido sangre, sino una insignificante pelea interrumpida. ¡Allá cada cual!

Cambiaron una filosófica mirada entre sí; sin hablar pusiéronse de acuerdo, y, encogiéndose de hombros, volvieron tranquilamente sobre sus pasos.

Media hora más tarde, René, luego de muchas vueltas y revueltas para evitar todo posible nuevo encuentro con los gendarmes, se detuvo ante el número veintitrés de la Avenida de Tourville.

Sentíase vivamente emocionado al considerar el encuentro que iba a desarrollarse dentro de pocos minutos.

Eludió al portero y, prescindiendo del ascensor, lanzóse escaleras arriba.

En el piso cuatro, tras cobrar alientos, acercóse a una de las puertas y oprimió un timbre con mano temblorosa. Aguzó el oído y oyó unos pasos lentos que se acercaban. Los reconoció enseguida.

Eran los de la vieja Margaret, medio ciega y casi sorda.

Busigny se echó más el sombrero sobre los ojos y se ajustó las gafas.

Abrióse la puerta, y la doméstica apareció en el umbral.

—¿Qué desea?

Desfigurando la voz, preguntó a su vez el joven:

—¿Está en casa el señor Chartier?

—No, señor. No ha venido todavía a cenar.

—¿Y la señorita Columba?

—La señorita Columba, sí.

—Tenga la bondad de decirle que un amigo de su hermano desea verla para un asunto urgente.

—¿Qué nombre me ha dicho?

—No le he dicho ninguno; ella no me conoce.

—Ah, bueno, bien…

Apartóse la anciana para dejarle paso, al propio tiempo que sus miopes ojos se esforzaban en descubrir la fisonomía del visitante.

—Siéntese —rezongó, fracasada en su empeño—. Voy a pasar el recado.

Salió, dejándolo solo, y fue en busca de su señorita. Ésta no mostró extrañeza alguna. Paul, dada su profesión, recibía muchas visitas más o menos extrañas y ella solía atenderlas en ausencia de aquél.

—Hágale pasar al despacho —ordenó.

Desapareció la sirvienta.

Columba, abandonando el libro en que leía, sin interesarse apenas, se dispuso a acudir al encuentro del recién llegado.

Era una mujer de ensortijados cabellos rubios y azules pupilas. Su delicado rostro, de una gran belleza, que poco tiempo atrás parecía inmarcesible, estaba herido por una palidez intensa, faltos de brillo sus ojos y de color los labios.

Vestía de luto.

Al llegar al despacho cerró tras sí, y apenas lo hubo hecho, una exclamación de asombro profundo brotó de su garganta, abriéronse mucho sus grandes ojos, y hubo de apoyarse en un mueble próximo para no caer.

Aunque Busigny conservaba las gafas puestas, aunque le faltaba el bigote y había simulado además limpiarse la boca para taparse

con el pañuelo parte del rostro, ella le reconoció enseguida y creyó habérselas con un espectro.

Comprendiéndolo así, apresuróse el muchacho a exclamar:

—Tranquilízate, Columba. No tienes ante ti un alma de otro mundo. Soy yo.

—¡René! —dijo ella, temblorosa todavía.

—René, sí; tu René que ha escapado milagrosamente a la muerte y viene a ti.

—Pero…

—¿No lo crees?… ¿Continúas pensando que soy un aparecido?

Quitóse las gafas y le tendió los brazos.

—¡Vida mía!

—¡Oh, René!

Corrió la muchacha hacia él y fundiéronse en un abrazo fuerte. Juntos, latían sus corazones a un ritmo desenfrenado.

Permanecieron un rato sin hablar. Imposible hacerlo. La emoción, a la vez dulce y dolorosa, se lo impedía.

Los ojos de Columba llenáronse de lágrimas, lágrimas que él bebió.

Poco a poco se fueron serenando. La muchacha, resistiéndose todavía a dar crédito a la realidad, no se decidía a soltarle y multiplicaba sus besos.

Reía, lloraba, tornaba a reír…

Sentáronse en un sofá y comenzaron las explicaciones. Busigny, sin mencionar a su hermano, narró su odisea y habló de «un amigo» como protagonista de su salvación.

—Ahora comprendo —declaró la joven— la nota que recibí horas antes de que te llevaran a matar.

—¿Una nota?…

—Venía sin firma, y se me rogaba que la rompiese apenas leída, y que no hiciera ningún comentario, ni siquiera con Paul. Obedecí, alentada por una esperanza inexplicable; esperanza que perdí pronto…

—¿Qué es lo que te decían?

—Que no reclamase tu cuerpo para darle sepultura. El texto, lo recuerdo perfectamente, era: «Beneficiará usted al hombre que ama si se desentiende de él. No intente hacerse cargo de su cadáver. Personas que le quieren bien preocúpanse de su salvación. No hable

a nadie de este aviso —que debe destruir enseguida—, y menos a su hermano. Si desobedece nuestras indicaciones no beneficiará a nadie y, en cambio, será responsable de la muerte de René Busigny».

—¡No olvidaron detalle! —comentó el excapitán.

—Quedé atónita ante aquel escrito; lo releí infinidad de veces… Tentada estuve de, a pesar de todo, informar a Paul; pero el miedo de que, en efecto, te pudiera hacer daño con mis palabras, me contuvo. Después… cuando mi propio hermano me dijo que te había acompañado hasta Vincennes cuando se anunció tu muerte, di por cierto que me habían engañado; pero tampoco comenté la nota, temiendo que Paul me riñese por haber callado antes. ¡Bendito sea mi silencio!

—¿Dudaste alguna vez de mi inocencia, Columba?

—¡Jamás! —Tornaron a besarse y ella añadió—: Siempre te creí y continúo creyéndote el hombre más bueno y digno de la tierra. Al darte por muerto consideré mi vida rota para siempre y me vestí de luto.

—¡Columba!

—Creo que hubiera tardado poco en seguirte.

—¡Chiquilla mía!

—¿Cuáles son tus propósitos? —inquirió ella.

—El primero de todos, rehabilitarme.

—¿Cómo?

—No lo sé, pero he de conseguirlo. Quiero hablar con tu hermano, pedirle consejo.

Las pupilas de la muchacha reflejaron temor.

—¡No lo hagas!

—¿Por qué?

—Ya le conoces… Es esclavo de sus deberes… Te quería mucho, pero… te cree culpable… y temo coloque los mandatos de su profesión por encima de las demás cosas. Será mejor que guardes silencio, que permanezcas oculto hasta encontrar el medio de salir de Francia. Yo te seguiré; nos casaremos y viviremos el uno para el otro, alejados de los peligros…

La interrumpió Busigny:

—No, Columba. Tus palabras me demuestran una vez más el cariño que me tienes, y me llenan de gozo el espíritu; pero no

quiero que unas tu nombre al de un deshonrado.

—Es que…

—He venido resuelto a hablar con Paul y por nada renunciaré a mi propósito.

—¿Y si quisiera detenerte?

—¡Me enfrentaría con él!

—¡René!

—No temas. Soy fuerte; le vencería sin hacerle daño.

—De todos modos…

—Déjame llevar a cabo esa prueba. Si fracaso, aceptaré lo que generosamente me has ofrecido.

Fueron inútiles los recursos de la joven para hacer desistir a su amado. Éste se mantuvo firme.

—Haz lo que quieras —acabó diciendo, apesadumbrada, aunque orgullosa en el fondo de la entereza y decisión de aquél.

El diálogo prolongóse bastante tiempo.

Lo interrumpió Columba, exclamando:

—¡Calla! Ha llegado Paul.

—¿Cómo lo sabes?

—Ha cruzado el corredor. Conozco sus pasos. Quédate aquí. Voy a prevenirle.

—No. Es capaz de negarse a verme. Será preferible que vaya a su encuentro.

—Por favor, déjame actuar. Cabe en lo posible que no venga solo. Tiene amistad con un tal Gary Miljan, norteamericano, elemento de la
F. B. I.,
quien lleva en París algún tiempo buscando no sé qué cosa y el cual le acompaña con mucha frecuencia.

Busigny accedió:

—Ve a buscarle —dijo—. Pero, si transcurridos cinco minutos no ha entrado aún por esa puerta, iré yo.

Quedó sombrío, preocupado.

No es que hubieran desaparecido sus arrestos. Encontrábase como siempre, capaz de todo sin titubear; pero le constaba la clase de persona que era Paul Chartier, el hombre que a buen seguro le lloraba por creerle muerto y, sin embargo, le negaría la mano al saberle vivo.

La idea de sufrir tal recibimiento, aun habiendo contado con él, le escalofriaba.

Cada minuto antojábasele un siglo.

Por fin, antes de que hubiese transcurrido en su totalidad el tiempo que concediera a su novia, oyó pasos que se aproximaban. Se incorporó y fue a colocarse en el centro de la estancia, cruzados los brazos y fija la mirada de sus obscuros ojos en la puerta, que no tardó en abrirse para dar paso a Columba y a Paul.

Ella venía cogida al brazo izquierdo de su hermano y su semblante reflejaba una mezcla de ansiedad y satisfacción.

Los dos hombres se miraron durante varios segundos. Luego avanzó Paul y tendió su diestra a René. Una llamarada de alegría brilló en los ojos de éste, quien corrió a estrechar la mano que se le brindaba.

—¡Paul!

—¡Muchacho!…

Tornaron a callar. La emoción ponía nudos en sus gargantas. Columba, más impresionada aún que ellos, contemplaba la escena a través de las lágrimas que abrillantaban sus párpados.

—Nunca hubiera imaginado esta noble reacción tuya —confesó Busigny, apenas pudo dominarse—. Sé cómo piensas y…

Interrumpióle su interlocutor:

—Los hechos probaron tu culpabilidad; yo hube de rendirme a la evidencia. A pesar de todo, me costaba gran trabajo admitir que fueses un traidor. Ahora, Columba me ha referido tu odisea… y… ¡quiero creer en ti!

—¡Debes hacerlo! ¡Te juro que soy inocente! Para decirte esto y poder serte útil, es por lo que quiero que hablemos.

—¿Para serme útil?

—Bueno… No me he expresado bien. Quiero decir que deseo prestar un servicio a la patria, valiéndome de tu intervención.

—¿En qué consiste?

—En descubrir a los espías a cuya casa fui, luego de haber escapado de la muerte.

—Ellos te salvaron.

—Me salvaron creyendo que pertenecía a su organización y con la esperanza de seguir utilizándome en sus manejos tenebrosos.

Paul no hizo comentario alguno por el momento. Dejóse caer en

uno de los sillones, señaló otro a Busigny y dijo a Columba:

—Creo, hermanita, que nos vendría bien un aperitivo. ¿Quieres servírnoslo personalmente? A Rene le sabrá mejor… y Margaret no meterá aquí sus narices.

Asintió la muchacha con un gesto.

Quedaron solos los dos hombres. Chartier ofreció un cigarrillo a Busigny y dijo, cuando lo hubo prendido:

—Hablemos claro: ¿vienes dispuesto a delatar a Gastón?

René incorporóse rápidamente.

—¡No he mencionado a mi hermano para nada, ni quisiera que lo hicieses tú!

Paul aconsejó, sin alterarse:

—Vuelve a sentarte y no te sulfures. La historia que me ha referido Columba es muy extraña; ¡mucho! Los espías suelen protegerse entre sí, pero no llegan al extremo de arriesgarse como lo han hecho contigo de no existir un interés, muy particular. Tu hermano es un hombre extraordinariamente peligroso; tanto, que fue la sospecha de tu complicidad con él lo que más pesó en tu sumario. Aseguraría, sin miedo a equivocarme, que conservas la vida gracias a su oculto poderío. Y repito la pregunta que acabo de hacerte: ¿estás dispuesto a coadyuvar para que caiga en manos de la justicia?

—¡No! —repuso enérgicamente el interrogado, el cual mintió al añadir, tras una pausa invertida en controlar sus nervios—: ¡Nada sé de él!

—¿Nada… en absoluto?

—Escucha, Paul: estoy resuelto a guiarte al domicilio de esos enemigos de Francia, a colaborar contigo para que se les detenga; pero te anticipo que si en cualquier momento surgiera mi hermano y hubiera de jugarme la vida para defenderle, lo haría aunque tuviese que enfrentarme con el mundo entero.

—¡Curiosa manera de comportarte!

—¿Qué harías tú si se tratara de amparar a Columba?

—No es el mismo caso. Columba es la personificación de la bondad, mientras que tu hermano…

—Por favor, no sigas.

—Está bien. Dame el informe que te parezca oportuno… y procura salir de Francia cuanto antes.

Reapareció Columba a tiempo de oír las palabras de Paul y dijo a la par que depositaba en una mesita la bandeja que traía:

—Eso es lo que le he aconsejado hace poco. Debe marcharse y esperar a que yo vaya en su busca.

—¿Eh?

—Estoy dispuesta a ser su esposa, a pesar de todo.

Paul no se alteró ni hizo el más leve esfuerzo por disuadir a su hermana, a la cual conocía lo suficiente para saber que sus decisiones eran irrebatibles. Desentendiéndose de ella, continuó dirigiéndose a Busigny:

—Insisto en que, después de lo oído, creo en tu inocencia; pero no veo manera de probarla mientras la única persona que puede hacerlo —sabes bien a quién aludo— permanezca callada y lejos de nuestro alcance. Tu situación no puede resolverse de otra manera. Yo, Paul Chartier, he estrechado tu mano y te abrazaré para decirte adiós: yo, inspector del Servicio de Contraespionaje, olvidaré que te he visto.

—¡Paul! —exclamó Columba, dolida y expresando en su tono el mal efecto producido por las palabras de su hermano.

—Es cuanto tengo que decir —anunció éste.

René alzó la cabeza, que había abatido unos momentos, y replicó con entereza:

—Estás en tu puesto y no voy a censurarte. Pensaré lo que me conviene, aunque, desde luego, te anticipo que no daré un solo paso directamente contra Gastón.

Llamaron a la puerta y oyóse la voz de Margaret, pidiendo permiso para entrar.

Fue autorizada.

Busigny se apartó un poco y volvióse de espaldas para eludir la posibilidad de que la sirviente le reconociese, a pesar de su miopía.

—El señor Miljan ha llegado —dijo la anciana.

Columba y Paul mostraron cierta excitación. Busigny recordó lo que poco antes le dijera su novia sobre aquel agente de la
F. B. I.,
y, lejos de inquietarse, se alegró —sin saber exactamente por qué—, de aquella visita.

—Dígale que tenga la bondad de esperar un momento —ordenó Paul a Margaret. Y añadió, cuando esta hubo salido—: Voy al

encuentro de este amigo y le recibiré en otro sitio. Márchate mientras, René.

—No quiero salir de tu casa como si huyera —contestó el excapitán—. Prefiero ver a ese hombre y exponerle el asunto.

—¡Estás loco!

Intervino Columba:

—No es ningún disparate lo que René pretende. Si el señor Miljan te inspira tanta confianza como me has dicho varias veces, debería conocer el caso. ¿Quién sabe si entre todos encontraríamos una solución?

Insistió Busigny; Columba apoyó su idea y Paul, luego de reflexionar, acabó diciendo:

—Desde luego, tengo fe absoluta en Gary Miljan. Estuvimos juntos en la guerra y nos dimos mutuas pruebas de amistad. No quiero que me tildéis nunca de haber puesto obstáculos a cualquier cosa que estiméis conveniente. Entra en esa sala, René. Hablaré con mi amigo, escucharás nuestra conversación y el resultado de ella te aconsejará cómo debes comportarte.

Obedeció Busigny. Paul fue en busca del visitante y volvió con él al despacho.

Tratábase de un simpático pelirrojo cuya edad oscilaba alrededor de los treinta y pocos años y cuyo carácter era franco, abierto.

Saludó a Columba con campechanía, no exenta de respeto, y exclamó, viendo la bandeja que aquélla había dejado sobre una mesita:

—¡Excelente panorama! Apuesto, Paúl, a que me has hecho esperar unos minutos, contra tu costumbre, para darme la grata sorpresa de ese vino y esos fiambres.

Le invitaron y no se lo hizo repetir. Tenía siempre apetito y sed.

Luego de algunas bromas —para las que tanto Columba como Paul hubieron de violentarse, dado su estado de ánimo—, dijo el último, cambiando de tono:

—Me he alegrado de que vengas esta noche, Gary. Deseo conocer tu opinión sobre un asunto de extraordinaria importancia.

—Me inquietas, chico —contestó el americano, sin dejar de comer y beber y sin que su semblante denotara la tal inquietud.

Omitiendo nombres, informóle del caso, como si se tratase de

algo que había oído y que no le afectaba. Cuando hubo terminado, inquirió:

—¿Qué harías tú si conocieses a los protagonistas de la historia que acabas de oír?

—Puedes suponértelo —respondió Miljan, denotando ya, sin disimulos, el interés que el asunto le inspiraba—: Ayudaría a ese muchacho y estudiaría todas las indicaciones que quisiera hacerme encaminadas a descubrir a los espías.

—Es decir… ¿que no te importaría cultivar su trato a pesar de la responsabilidad en que incurrieras?

—¡Al diablo las responsabilidades cuando se trata de ayudar a una persona a quien uno cree inocente! Además: Si esa persona puede poner en nuestras manos algún hilo de la complicada labor que tanto nos interesa, desdeñarla sería una locura.

Los dos hermanos cambiaron una mirada de inteligencia y satisfacción, mientras Gary apuraba el vaso que tenía ante sí.

Añadió el norteamericano:

—Me gustaría conocer al muchacho de tu historia.

—¿De veras?

—¿Cómo lo pones en duda?

—Bien, pues… Voy a complacerte… y a darte con ello una prueba más de la gran confianza que me inspiras.

Miljan no demostró asombro. De antemano había supuesto, al escuchar a su amigo, que el hombre objeto de su atención no era un extraño para éste.

Paul trajo a René de un brazo e hizo las presentaciones. Columba las completó, diciendo:

—El señor Busigny es mi prometido. Nos casaremos apenas sea posible, y a pesar de todo.

—¡O.K.! —Aplaudió Gary, estrechando la mano del excapitán—. Deseo y espero que sean ustedes muy felices. Y ahora no perdamos tiempo. Vamos cuanto antes a esa casa misteriosa.

El dinamismo del norteamericano era contagioso. Su sonrisa, agradable, hizo crecer las ilusiones en los espíritus de sus oyentes.

Minutos después, los tres hombres partían en coche hacia la calle Frecynet. Todos llevaban pistolas, pues Paul había entregado a René una de las suyas.

Dejaron el auto en la espina de Reynaud e lucieron a pie el resto

del recorrido, guardando algunos metros de distancia entre sí. René iba delante. Se detuvo ante el número ocho y llamó insistentemente, sin obtener respuesta. Sus amigos habíanse detenido a uno y otro lado de la puerta, hundidas las manos en los bolsillos y empuñadas las automáticas.

—No hay nadie o no quieren abrirnos —comentó Busigny, en voz baja.

—La cosa es natural —dijo Chartier—. Después de lo ocurrido se habrán apresurado a abandonar este refugio.

—Creo que no perderíamos nada con echar un vistazo dentro —propuso Gary.

—No nos hemos traído autorización para…

Interrumpió el norteamericano a su compañero de oficio:

—¿Qué falta hacen las autorizaciones en casos como éste?

Y sin preocuparse de respuesta alguna, sacó un pequeño manojo de ganzúas y empezó a manipular. Sus esfuerzos resultaron baldíos.

—Está cerrada por dentro —reconoció.

—Lo cual hace pensar —admitió Paul— que alguien se encuentra en el nido.

—O que la casa tiene otra salida —dijo Busigny.

Miljan, sin responder, separóse de la puerta y miró hacia los cerrados balcones. Dio un salto admirable —luego de tomar impulso — y quedó cogido a los hierros de uno de ellos. René apresuróse a prestarle ayuda. El norteamericano cortó hábilmente el cristal y venció la resistencia de las maderas. El trabajo fue realizado con prontitud y limpieza. Nadie les vio. La noche continuaba siendo obscura y estaba muy avanzada ya. Paul, de todos modos, llevaba a mano su carnet de identidad por si se hacía preciso sofocar cualquier alarma que pudiera producirse.

Los tres hombres, ayudándose mutuamente, subieron y penetraron en el interior del edificio.

El silencio imperaba por doquier.

Valiéndose de linternas fueron inspeccionándolo todo. Busigny procuró orientarse dentro de lo posible —pues sólo conocía una parte de la casa— y caminó delante, guiando.

Chartier repitió varias veces, viendo confirmada su sospecha:

—Aquí no hay nadie.

Optaron por encender las luces eléctricas para mejor llevar a

cabo su cometido.

El registro resultó infructuoso. Los muebles continuaban allí, pero ninguno contenía nada digno de mención.

Abrieron una puerta que conducía al sótano. Apenas iniciado el descenso llegaron a sus oídos unos golpes extraños que les hizo ponerse en guardia y coger de nuevo las pistolas que habían guardado ya.

Pronto descubrieron que aquellos golpes eran originados por unas ratas enormes al saltar entre las muchas cajas vacías amontonadas allí y que habían servido de envases a los muebles de la casa. Los repugnantes animalejos corrieron en varias direcciones; algunos se volvieron, desafiándoles.

—Bueno… —resolvió Miljan—. Opino que no nos queda qué hacer aquí. Vigilaremos, desde luego, este lugar por cuanto el hecho de que se hayan dejado el mobiliario demuestra que piensan volver tarde o temprano; pero ahora no hacemos más que perder el tiempo.

Comenzó a ascender los peldaños. René y Paul le siguieron. El americano se detuvo de pronto y lanzó una exclamación de asombro:

—¡Han cerrado la puerta!

—¿Eh?

—¿Cómo?

Echóse sobre las gruesas maderas con toda su pujanza; sus amigos le imitaron.

Tarea inútil. La puerta estaba reforzada por detrás con una plancha metálica y habían corrido un fuerte y seguro cerrojo.

Oyeron una carcajada, amortiguada por el espesor del obstáculo, y una voz que daba la sensación de lejanía:

—¡Las ratas están hambrientas y tienen derecho a comer!

Busigny reconoció en el que hablaba al sueco Tutte Quebertin.

CAPÍTULO VII

Tutte penetró radiante de alegría en el domicilio que la banda tenía en Sdresnes, donde acababan de establecer el cuartel general.

Sin hablar con nadie hizo anunciarse al jefe, advirtiendo que se trataba de un asunto importante.

Milovan recibióle pronto, y le clavó el negro de sus pupilas en muda interrogación.

—¡He hecho una buena pesca! —exclamó gozoso. Y como viera que Dbrojas continuaba impasible, sin dignarse despegar los labios para preguntarle, añadió—: Fui, como de costumbre, a echar un vistazo a la casa de Frecynet. Me encerré por dentro y recorrí las habitaciones. Todo estaba igual. Nadie había aparecido por allí. Cuando me disponía a marchar oí ruido en la parte exterior de uno de los balcones. Sabe usted, jefe, que no tengo nada de cobardía. Por eso, en vez de huir, apresuróme a buscar un escondite y lo encontré en la armadura de hierro que hay en el salón grande. Entraron tres hombres. Uno de ellos —reconocí su voz al cruzar cerca de donde yo estaba—, era René Busigny.

Animóse el semblante de Milovan. El sueco, al advertirlo, añadió cada vez más satisfecho de sí mismo:

—Aunque la armadura está preparada de forma que se pueda entrar y salir fácilmente, me privaba de todo movimiento; por otra parte, se trataba de tres enemigos, como he anunciado, y empuñaban pistolas. Me estuve quieto hasta que abandonaron la sala. Luego comencé a seguirles, procurando que no notaran mi presencia, en espera de una buena oportunidad para tumbarles con la menor cantidad posible de riesgo…

—¡Abrevia! —apremióle Milovan.

Tutte —interrumpido en el discurso que quería hacer impresionante— vaciló unos segundos, tragó saliva y dijo:

—Bien, pues… Cuando le daba vueltas al magín buscando el

mejor modo de liquidarles, vi que se dirigían al sótano. Les dejé bajar. Cerré tras ellos la puerta y eché el cerrojo. ¿Verdad que es magnífico? Se divertirán mucho peleando con las ratas y éstas acabarán devorándolos, cuando caigan rendidos por el hambre y la sed.

—¡Idiota! —exclamó Dbrojas, dando un fuerte puñetazo sobre la mesa.

—¡Jefe!

—¡Darán o ya habrán dado con la puerta que conduce a la galería secreta!

—¡A… la galería secreta!

El gesto estúpido que puso Quebertin hizo a Dbrojas recordar que nadie de la banda, a excepción de Margit y él, conocían la existencia de aquella galería cuya indicación en el plano fue lo que indujo a la húngara y a Gastón a adquirir el inmueble. Habían resuelto guardar silencio sobre la misma en evitación de que alguno de los secuaces pudiera irse de la lengua en un momento de apuro. Si se hacía preciso utilizarla, ellos, los jefes, guiarían.

—Yo ignoraba… —añadió Tutte.

—Bien —tornó a interrumpirle Milovan, arrepentido de aquel acceso de furor que tan mal rimaba con su carácter y, sin querer, a pesar de ello, reconocer su falta—. Has debido demostrar más arrojo y acabar a tiros con esos sujetos. Pero nada vamos a adelantar con lamentaciones. Coge ahora mismo el mejor coche que haya disponible, métete en él con un par de muchachos y situaos frente al número 96 de la calle Goethe. Es un garaje en el cual desemboca la galería, subterránea de la casa de Frecynet. Si los tipos que has encerrado no dan con la salida, ¡ya tienen lo suyo!; si la encuentran, apenas los veáis aparecer, descargad plomo y quitaos enseguida de en medio.

—Entendido.

—Espero poder felicitarte por este trabajo que has comenzado con tan poco acierto.

Cuando se hubieron cansado de hacer esfuerzos para derribar la puerta, René y sus amigos dejáronse caer sobre los escalones, jadeantes y sudorosos.

—Hemos sido ingenuos como unos principiantes —declaró Gary, disimulando su desaliento lo mejor posible.

—La creencia de que la casa estaba vacía nos ha hecho confiarnos —reconoció Chartier, no menos abatido.

—Lo cual —insistió el norteamericano— es una demostración de imperdonable candidez.

—Vamos a fumar —propuso Busigny, sereno. Y les ofreció sendos cigarrillos.

Miljan le miró con atención redoblada. Era un incondicional admirador de los valientes y la actitud del joven le acreditaba como tal, sin espacio para la duda.

Paul, de modo insistente, encendía y apagaba su linterna, pues Tutte les había dejado sumidos en las tinieblas.

—Opino —añadió René, cuando hubo prendido los cigarrillos— que deberían mirar por las pilas eléctricas. Si abusan de ellas, nos exponemos a quedarnos definitivamente a obscuras. Mientras descansamos, pensando en lo que hemos de hacer, la lumbre de los cigarros es suficiente.

—Sí… —concedió Paul—. Pero es que estas ratas malditas… —Y aplastó con el pie a una de las muchas que se les iban aproximando.

Palmeó Gary la espalda de Rene.

—Admiro su entereza, amigo —confesó espontáneamente.

El excapitán no dijo nada. Antojósele inmerecido aquel elogio. ¿Admirarle porque no tenía miedo en aquellas circunstancias? ¡Valiente cosa, comparada, no ya con las demostraciones de heroísmo que prodigó durante la guerra, sino con la cantidad de hombría que hubo de derrochar para mantenerse firme durante las horas que antecedieron a su fusilamiento!

Cabía en lo posible que allí le aguardase la muerte, una muerte horrible ocasionada por la sed y el hambre, el enrarecimiento de la atmósfera y el ataque de los bichos, más audaces cada vez, que les rodeaban, pero por lo menos no tenía la seguridad absoluta de morir como entonces, mientras aguardó en su celda el momento en que vinieran a buscarle para indefenso y sólo enfrentarse a los fusiles.

Allí eran tres hombres valientes, de inteligencia despejada, que —aunque no mucho—, podían hacer algo para resolver la angustiosa situación.

Fumando se reclinó Busigny sobre los escalones; pero hubo de incorporarse enseguida. Una rata acababa de saltarle por encima,

rozándole la cara. Miljan y Chartier se levantaron también al mismo tiempo. Los asquerosos enemigos mostrábanse cada vez más decididos y casi podía decirse que les acometían ya.

Abandonaron la escalera, aplastando cosas blandas.

—Utilicen por turno las linternas —propuso Rene.

Gary fue el primero en encender la suya.

La azulada luz arrinconó muchas sombras, presentando ante ellos un espectáculo espeluznante. Las ratas sumaban cientos. Las había de todos los tamaños; algunas parecían conejos. Brillantes sus ojillos, retrocedían veloces para volver, agresivas, a la carga.

La horripilante pelea comenzó. Los tres hombres desplegaban enorme actividad, pisoteándolas, librándose con las manos de las que les atacaban dando saltos decididos.

Vencieron ellos. Sobre el suelo multiplicábanse los despanzurrados animaluchos, formando un piso viscoso, sanguinolento.

La «pelea» duró mucho rato. Cuando creyeron haberla terminado, encontrábanse sudorosos, casi exhaustos, y hubieron de volver a la escalera para recobrar alientos.

La pila eléctrica de Gary habíase consumido; sólo les quedaba la de Paul, que no tardaría en agotarse.

Cuando esto ocurriese, la solución se haría más desesperada.

No se habían dado por vencidas las ratas. Poco a poco fueron regresando y aumentando en número, cual si fuesen inagotables.

Y el acto de defensa y ataque hubo de reproducirse con redoblado enardecimiento. Los tres hombres persiguieron a] enemigo en todas direcciones. Busigny utilizaba cerillas. Tal persecución fue la causa de que el joven excapitán derribase una enorme caja arrimada a la pared.

—¡Alumbra aquí, Paul! —pidió a voces al darse cuenta de que la luz del fósforo no bastaba para apreciar la importancia del descubrimiento que acababa de hacer.

Fue obedecido.

De las tres gargantas escapáronse a un tiempo exclamaciones de esperanza y alivio. Ante ellos acababa de aparecer una pequeña puerta bien disimulada. No tenía cerradura ni cerrojo. La golpearon con furia y obtuvieron el convencimiento de que existía una oquedad.

—De algún modo ha de abrirse esto —dijo Miljan.
—Sin duda alguna.
—Quizá exista un resorte.
Y con ansias multiplicadas comenzaron a pasar las manos sobre la pared; por arriba; por abajo, hacia los lados…
La luz de la única linterna empezó a agonizar.
—¡Nos quedamos a obscuras! —anunció Chartier, con desaliento.
—¡Aún nos quedan fósforos! —animó Busigny—. ¡Sigamos buscando!
Las ratas, al notar que casi no se ocupaban de ellas, hiciéronse más osadas. Se les metían entre los pies, subíanles por las piernas… Viéronse precisados a suspender la búsqueda para apartarlas.
De pronto Rene exclamó gozoso:
—¡Esto se mueve!
Los tres encendieron cerillas. El resorte había sido tocado por casualidad. A su vista ofrecíase la negra boca de una galería.
—¡Un momento! —aconsejó Gary—. Seríamos unos estúpidos si corriésemos el riesgo de que se nos encerrase en un sitio todavía peor. Hay que romper el mecanismo.
No fue tarea fácil encontrarlo. Busigny no acertaba a precisar con exactitud el sitio en que, casi a obscuras, sus dedos tuvieron éxito.
Salieron, por fin, airosos de la empresa. El resorte estaba en el ángulo superior izquierdo del bastidor. Colocaron una pesada caja de modo que impidiera a la puerta cerrarse, y enseguida Miljan destrozó lo que la hacía funcionar.
—¡En marcha! —dijo el americano.
René partió delante. Los otros le siguieron. Empuñaban pistolas.
A la débil luz de los fósforos, que conservaban encendidos hasta casi quemarse los dedos por miedo a que se les agotaran antes de hallar la salvación, extendíanse sombras fantásticas y corrían los bichos en cantidad impresionante. Los tres amigos resbalaban al pisarlos, tropezando con piedras desprendidas de ocultos lugares… La atmósfera, aun siendo húmeda, hacíase irrespirable.
Por fin René, que continuaba en vanguardia, exclamó con júbilo:
—¡Hemos llegado… a dónde sea! ¡Vean esos escalones!
En efecto, al fondo acababan de surgir unos cuantos peldaños.

Levantando las cerillas vieron que conducían a otra puerta cerrada.

—Temo que se nos repita el mismo panorama que hemos dejado atrás —declaró Chartier. Y adelantándose a todos, apresuróse a subir. Una sensación de alivio se le reflejó en el semblante al advertir que la puerta no parecía ofrecer gran resistencia.

—Creo que sólo está encajada —dijo—. Los goznes deben estar mohosos…

Intervinieron los tres. Produjéronse chirridos desagradables —aunque, sin embargo, a los hombres sonáronles a música deliciosa—, y el paso quedó libre.

Una bocanada de aire que, sin ser puro, resultaba mucho menos viciado que el que habían venido respirando, les hizo aspirar con deleite hasta llenar los pulmones.

—Aquí debe haber luz eléctrica —indicó Paul.

—A ver si encontramos el interruptor —dijo Gary. Y paseó el brazo extendido, llevando en la mano un fósforo. Añadió gozoso—: ¡Ahí está!

—¡Aguarde! —gritó Busigny, cuando el americano avanzaba hacia su descubrimiento.

—¿Qué ocurre?

—Los que nos han encerrado han de conocer sin duda la galería secreta. Puede que sea un exceso de prudencia por mi parte, pero… ¿quién nos asegura que ante la posibilidad de que diésemos con el medio de salir del sótano no nos tengan dispuesta alguna trampa?

Miljan hizo un gesto de asombro.

—Amigo mío —declaró—. Nos está usted dando lecciones a los profesionales. No puedo por menos de elogiar esa sangre fría que le permite estar en todo.

Paul sonrió satisfecho. En realidad quería a su futuro cuñado y le causaban placer las frases que Gary dirigía a éste.

Llegaron hasta el cierre metálico que interceptaba la salida a la calle. Manipularon en él y Gary consiguió abrirlo; pero tales manipulaciones, además de llevarles tiempo, produjeron un ruido grande que despertó a varios vecinos, uno de los cuales, pensando que pudiera tratarse de ladrones, avisó por teléfono a la comisaría próxima.

—De poco ha servido la precaución de no encender la luz —comentó Busigny, en el momento en que el cierre metálico cedía—.

Hemos, escandalizado a toda la calle.

Cuando la salida quedó libre, dos policías les aguardaban pistola en mano.

—¡No se muevan! —conminó uno de ellos.

—Escuche, agente —empezó a decir Paul—: Yo soy…

No terminó la frase. Del coche que había parado a corta distancia de ellos partió una ráfaga de plomo. Uno de los policías cayó mortalmente herido; el otro fue alcanzado en las piernas, Paul en el brazo izquierdo y René sufrió una rozadura en la frente, sin consecuencias. Gary fue el único que escapó indemne.

Retrocedieron todos, volviendo a meterse en el garaje mientras los ocupantes del automóvil tornaban a disparar, alcanzando esta vez al norteamericano, aunque de refilón, en el cuello y rematando al policía, más gravemente traspasado desde el principio.

Repelieron la agresión René, Paul y Gary, así como el agente que quedaba vivo. Pero ya el coche había emprendido una vertiginosa carrera, sin que sus ocupantes dejasen de disparar.

Se abrieron puertas y ventanas y asomáronse algunas cabezas curiosas y precavidas.

—¡Corramos! —gritó Chartier, desentendiéndose de su herida—. Hemos de perseguirles.

—¿Cómo y con qué? —preguntó Busigny.

—Tiene usted razón —dijo Miljan al muchacho—; van lanzados y aquí no hay ningún coche.

El policía —rechinando los dientes para contener exclamaciones de dolor— miraba con asombro a aquellos hombres a quienes en principio tomara por malhechores. Paul identificóse a sí mismo; Gary hizo lo propio y añadió, refiriéndose a Busigny:

—El señor es un amigo nuestro.

El público acudía ya.

Miljan y Busigny habían cogido en brazos al agente cuyas piernas sangraban, con el fin de llevarlo a un puesto de socorro. Los vecinos les prestaron auxilio. Pronto apareció un coche de alquiler, avisado por alguien. Colocaron dentro al agente, que era el herido más grave. Luego se dispusieron a hacerlo Paul y Gary. Este último, viendo que René echábase hacia atrás, le invitó a subir; pero enseguida comprendió las razones por las cuales no quería el muchacho hacer acto de presencia donde pudieran identificarle.

Chartier también se dio cuenta de la situación. Los dos se acercaron a Busigny y el segundo dijo:

—Adiós. Lo que tienes no es grave, ¿verdad?

—No. Una ligera rozadura.

—Me alegro. Te deseo suerte… e insisto en mi consejo de que abandones París.

—Yo también se la deseo —declaró el americano—; pero difiero de la opinión de Paul. Creo que no debe usted marcharse. ¿Quiere decirme su dirección? Opino que podríamos hacer juntos algunas cosas útiles.

René se dispuso a complacerle, pero Chartier lo impidió, exclamando:

—¡Calla! Yo no debo conocer tus señas —volvióse a Miljan, y añadió en tono suplicante—: Comprende, Gary. Es preferible que las ignoremos.

El americano se encogió de hombros.

El chófer tocó la bocina. René, tras estrechar las manos de sus compañeros de aventuras, se alojó a pie, causando el asombro de los curiosos que, naturalmente, no habían oído la conversación, y no podían explicarse los motivos de que aquel hombre cuya frente sangraba renunciase ir a dónde le habrían de curar.

CAPÍTULO VIII

Faltaba poco para que se iniciase la aurora, cuando René llegó a su finca de Chareton.

Habíase vendado la pequeña herida de la frente con su propio pañuelo y la sangre, aunque contenida ya, traspasó la improvisada venda y le daba aspecto impresionante.

El muchacho no llamó. Gilles estaría durmiendo a buen seguro y estimó que podía pasar sin proporcionarle otro mal rato.

Abrió con cuidado la puerta y, luego de cerrarla tras sí, avanzó hacia donde estaba la llave de la luz. En el preciso momento en que disponíase a hacerla girar, percibió un ruido de pasos quedos, en el piso de arriba y desistió automáticamente de su propósito.

Encontró el hecho extraño. No era probable que el viejo criado —cuyo dormitorio estaba en la planta baja— anduviese por allí a aquellas horas.

Pensó que quizá sus enemigos habían averiguado que aquella casa era suya y le estuvieran esperando para acabar con él, aunque no se le alcanzaban los medios empleados para tal descubrimiento.

El despacho estaba próximo y en uno de los cajones de la mesa-escritorio había una linterna eléctrica. Busigny recordó este detalle y fue deslizándose sigilosamente hasta apoderarse del adminículo en cuestión. Amartilló luego la pistola y encaminóse hacia la estancia donde el ruido de pasos se produjera. Éstos habían cesado.

René fue ascendiendo lenta y cuidadosamente, apagada aun la linterna de bolsillo.

Se detuvo ante la puerta de la habitación en la cual debería encontrarse el enemigo.

Extendió el brazo y, resguardándose, la abrió centímetro a centímetro.

Los goznes produjeron un chirrido suave, imperceptible en otras circunstancias, pero que en aquéllas podía ser transcendental.

El muchacho permaneció alerta, contenida la respiración, esperando que de un segundo a otro brotase un disparo. Más todo siguió en calma.

Dentro, la obscuridad era absoluta.

Busigny, separando todo lo posible la linterna del cuerpo con el fin de que si le tiraban guiados por la luz no le dieran en ningún punto vital, la encendió.

El haz luminoso fue a caer sobre unos pies calzados por zapatos polvorientos, los cuales permanecieron inmóviles.

Proyectó la lámpara de arriba abajo con rapidez y contuvo difícilmente una exclamación de asombro: Gastón estaba allí, derrengado en un sillón, echada la cabeza sobre el respaldo.

—¡Gastón! —dijo, casi sin aliento.

Llególe una voz cansada:

—Hola, hermano. Supuse que eras tú y por eso no me he movido… aunque temo que no hubiera podido hacer nada, tratárase de quién se tratase.

Hubo un breve silencio.

El excapitán no salía de su estupefacción ni lograba dominar su disgusto.

Preguntó, serenándose a medias:

—¿Qué haces aquí?

Con leve acento de ironía, respondió el interrogado:

—Perdona este allanamiento de morada. Acabo de llegar.

—¿No te ha visto nadie?

—Nadie. Ni siquiera el bueno de Gilles. He entrado como un ladrón, valiéndome de ganzúa. Buscaba un dormitorio, pero me han faltado las fuerzas y me he dejado caer aquí. Espero que no me eches. Soy ahora una especie de animalucho acosado.

Por toda respuesta, dijo René:

—Voy a dar la luz.

—No; por favor, no lo hagas. Podría llamar la atención de alguien. Abre el ventanal y apaga la linterna. Amanecerá pronto. Las estrellas nos alumbrarán en tanto.

—Tienes la voz débil. ¿A qué se debe ese cansancio que no te ha permitido llegar al dormitorio? ¿Estás enfermo?

—Herido, que viene a ser lo mismo para el caso.

—¡Herido!…

—¿Te sorprende? Es la cosa más natural… tratándose de personas como yo.

—¿Quién fue?

Vibró furiosa la voz del joven al formular la pregunta.

Gastón sonrió en la obscuridad al responder:

—Agradezco el afán que te inspiro.

El menor de los Busigny mordióse los labios. No hubiera querido hacer aquella manifestación de afecto. Procuraba en todas las ocasiones demostrar a su hermano que no podía quererle, que le resultaría odioso hasta tanto se regenerase; pero no lograba evitar que, de vez en cuando, saliera a flote el verdadero amor fraternal que le profesaba.

Añadió Gastón:

—No te preocupes por mí. Son… gajes del oficio.

—¡Repugnante «oficio» el tuyo!

—Bien… No reanudemos las discusiones.

—Te llevaré a la cama.

—Me encuentro a gusto ahora. Anda, abre las maderas del ventanal.

Obedeció el joven.

La tenue claridad de los puntitos luminosos que claveteaban el cielo filtróse a través de los cristales y silueteó en las sombras las figuras de los dos hombres. Fuera, todo se hallaba envuelto en un silencio compacto que oprimía.

—Dame un cigarrillo —pidió Gastón.

Fue complacido. Aspiró con deleite el humo.

—Gracias. Hacía tiempo que no fumaba.

—¿De dónde sales?

—De un hospital.

—Pero…

—Me he escapado esta noche. Lo venía planeando desde hace una semana, aunque no me encontraba en condiciones. Hasta hoy no se me ha presentado ocasión propicia.

—¿Por qué has huido?

—¿No lo comprendes?

—No; estando grave…

—Hay cosas peores que la gravedad de unas heridas. Me iba resultando muy difícil fingir que no me encontraba en condiciones

de presentar declaración. Yo llevaba encima papeles con un nombre supuesto, pero los curiales son unos pajarracos que escarban más de la cuenta y hacen que uno suelte palabras que no hubiera querido soltar.

—Entendido.

—He hecho lo mejor que cabía hacer. Pensé en esta casa tuya como único refugio posible, ya que no debo contar con ninguno de los domicilios que utilicé hasta ahora ni hubiera sido sensato meterme en un hotel. Me ha costado trabajo, pero conseguí mi propósito. Procuraré no comprometerte… aunque, bien mirado, cada uno por lo nuestro, corremos análogo peligro.

Hablaba trabajosamente, impulsado por su gran energía, tan difícil de vencer.

René, aunque ardía en deseos de averiguar lo que había puesto a su hermano en tal estado, aconsejó:

—No debes gastar fuerzas. Insisto en que voy a llevarte al dormitorio. Veré esas heridas y…

—Yo insisto a mi vez en que me dejes un rato donde estoy, como estoy. Mis heridas no necesitan nada de momento. Durante quince días no han hecho más que curármelas. Estaba harto de tanto zarandeo. Ahora no me duelen. Siento una placidez deliciosa.

—Procura, entonces, dormir.

—Espera. Quiero hablar contigo. Llevo todo ese tiempo sin despegar los labios y, aunque nunca pequé de parlanchín, todo tiene su límite.

—En tal caso, contesta ante todo a la pregunta que te hice: ¿quién te hirió?

—Pecas de curioso.

—Hazte cargo…

—Sí; me lo hago… y te complaceré, si bien no creo que te sirva de mucho. Me disparó por la espalda el jefe en Europa de la organización a que yo pertenecía.

—¿Por qué?

—Pues…

—¡Háblame claro!

—Está bien… Está bien. Parece que no le hizo mucha gracia lo que realicé en tu obsequio.

—¡Lo he presentido!

—Siempre fuiste un muchacho despierto.

René apretó los dientes e inclinó la cabeza. Tal revelación le dio a conocer hasta qué punto había llegado el sacrificio de su hermano en su favor. El hecho de no haber querido tratos con él desde que empezara a viciarse no fue óbice para que se emocionara al analizar el cariño sentido hacia aquella descarriada criatura.

Comentó tras corta pausa:

—Has dicho «la organización a que pertenecía».

—Exacto.

—¿Debo entender que no formas parte de ella?

—¡Qué pregunta! ¿Imaginas que si figurase aún en sus filas hubieras oído lo que acabas de escuchar?

—Tienes razón. Mi interrogatorio habría resultado inútil en ese caso. Dime, puesto que ya no tendrás inconveniente, el nombre de esa persona.

—¿Para qué?

—Simple curiosidad.

Acentuóse la sonrisa de Gastón, y aunque pronto cambió de acento, empezó a expresarse en el tono que solía utilizar en lejanos años; cuando René era chiquillo caprichoso y él tenía que negarle algo sin disgustarle con exceso:

—Escucha, chavalote; si me encontrara tan próximo al otro barrio como cuando me llevaron al hospital después de sacarme del Sena, donde me arrojaron con dos raciones de plomo en el cuerpo, te complacería; pero ya está vencido ese peligro del cual, ninguno de los que intervinieron, creyeron escapase.

—Te arrojaron herido al Sena… ¡y vives!

—Ya lo ves. La muerte me rechazó… como te rechazó a ti aquel día en que te colocaron ante el piquete. En tu favor intervinieron unos factores… en el mío, otro. No sabemos nada de nada. Lo único indudable es que, como acabo de decir, la muerte no nos ha querido. Es muy caprichosa esa «dama». A lo mejor… o a lo peor, nos ha hecho ese desprecio para, cuando estemos más tranquilos, besarnos más a su gusto. Bueno; a lo que iba: en virtud de lo que te acabo de exponer, el propio asesino y sus satélites me creyeron y, naturalmente, siguen creyéndome, fuera del haz de la tierra. ¿Verdad que es gracioso? No; no quiero que nadie me vengue. He de ser yo quien lo haga; ¡yo! Vivo porque mi voluntad ha

contribuido mucho a ello; porque necesito destrozar con mis propias manazas a Milovan Dbrojas…

Se contuvo, mordiéndose los labios hasta hacerse sangre.

En su excitación había lanzado un nombre que no hubiera querido pronunciar.

René no hizo comentario alguno —aunque tomó nota mental—, y permaneció en suspenso, con la esperanza de oír nuevas cosas que facilitasen su labor.

Gastón dominóse enseguida. Su facilidad para ello resultaba asombrosa.

Irónico y cruel consigo mismo, añadió:

—Reconozco que he perdido facultades. Soy un idiota. Casi merezco lo que me pasa.

—¿Por qué?

—Siempre estuve persuadido de que irritarse no conduce a nada práctico, y ahora he cometido la estupidez de dejarme llevar por los nervios.

Dio una larga chupada al cigarrillo —cuyo enrojecido punto iluminó durante un espacio de tiempo breve su demacrado rostro—, y dijo en otro tono:

—Espero procures olvidar lo que he dicho.

—No lo esperes —replicó el joven.

—¡René!

—¡No lo espere, repito!

Hubo tal entereza en su afirmación, que el otro vióse obligado a decir:

—Si hicieras algo por privarme de esta venganza que ansío y que constituye ya la razón única de mi vida, te aborrecería siempre y me convertiría en tu enemigo mortal.

Sus palabras fueron entrecortadas, frías, duras.

René, sin alterarse, contestó:

—Si me hubieras dejado encender la luz te habrías dado cuenta de que vengo herido. Una bala ha rozado mi frente. Por cuestión de milímetros no se me alojó en la cabeza.

—¡Muchacho!…

—Mientras a mí me ocurrió eso —siguió diciendo el menor de los Busigny, desentendiéndose de la interrupción— dos amigos fueron también alcanzados por el plomo; un policía ha muerto y

otro no se podrá valer nunca más de sus piernas. Antes de llegar a dicho trance nos vimos encerrados, para ser pasto de las ratas, en el sótano de la calle Frecynet. Todo ha sido obra, probablemente, de ese monstruo cuyo nombre has pronunciado y de sus secuaces. Comprenderás que, aun prescindiendo de lo que te ha hecho, tengo tantos motivos como tú para desear tenerle frente al cañón de mi pistola.

Hubo un corto silencio durante el cual oyóse un crujir de dientes hecho por Gastón, el cual dijo luego, como si mordiera las palabras:

—Lo que me has dicho, lejos de convencerme, aumenta mi aborrecimiento. Eres mi hermano menor; estoy en la obligación de protegerte ¡y lo haré!

—No necesito que me protejas, sino que me ayudes a actuar.

—¡Nunca!

—No insisto. Sabré valerme sin ti.

Abandonó el sillón, dispuesto a marcharse.

La negra obscuridad que precede a la aurora se iba esfumando; las estrellas habían desaparecido entre temblorosos parpadeos, y, a través de los cristales, penetraron en la estancia suaves tonalidades grises quejo envolvieron todo.

Gastón vio a su hermano dirigirse a la puerta y le llamó, cariñosamente:

—Óyeme, pequeño.

«¡Pequeño!»… Era el nombre que solía aplicarle en los momentos efusivos.

René se detuvo, aunque sin volver la cabeza.

Tornó a hablar Gastón:

—Acércate y escucha.

Obedeció el joven.

—Quiero salvarte en todos los aspectos, ¿entiendes? ¡En todos! Mi vida carece ya de objeto y forzosamente ha de ser breve. Tengo atravesados los pulmones. Por otra parte aunque pudiera vivir, los que fueron compañeros míos me perseguirían hasta encontrarme, tan pronto como llegase a ellos la noticia de que la muerte me rechazó, como hace poco comentamos. Necesito, pues, que me crean muerto para mejor caer sobre ellos. A esto se debe que no proclame todavía tu inocencia. Cuando Dbrojas… y alguien más hayan caído a mis manos, ¡porque ha de ser a mis manos!, me

presentaré a las autoridades y demostraré tu inculpabilidad. Pero has de prometerme que no te interpondrás en mi camino, que no correrás riesgos que me corresponden —su acento se hizo más persuasivo al agregar—: Tú no sabes de lo que esos hombres son capaces. Perecerías en sus garras sin remisión. Hazme caso y permanece quieto. Yo tardaré poco en recuperar fuerzas para aniquilarlos. Anda, sé buen chico y dame tu palabra de que me complacerás.

—No. Quisiera que hicieses, precisamente, lo que pretendes de mí; esto es, que me confieras el castigo de esos malhechores. Ya que no quedemos ambos en libertad de hacer lo que nos parezca.

—Pero… ¿qué vas a hacer tú, si ni siquiera conoces?…

—Trataré de averiguarlo, por muy difícil que me resulte… a menos que te avengas, a facilitar mi labor.

—¡De ninguna manera!

—Entonces, lo dicho. Vamos a descansar.

—Déjame aquí.

—A tu gusto.

Desapareció Rene. Gastón, al quedarse solo, tornó a sonreír ligeramente, satisfecho —aunque no hubiera querido hacerlo constar—, de la entereza y valentía de su hermano, del cariño que acababa de demostrarle a pesar de todo.

René durmió poco. Incorporóse cuando el sol empezaba a remontarse y descubrió a su hermano en el mismo lugar que lo dejara. Disfrutaba éste un sueño relativamente normal. Salió el joven de puntillas y buscó a Gilles, quien se había despertado pocos minutos antes. El buen viejo se sorprendió al verle.

Busigny informóle de la estancia allí de Gastón y terminó diciendo:

—Confío en que me ayude a cuidarle, a velar por él, a procurar que nadie le descubra tampoco.

El sirviente que había escuchado la noticia con un gesto de gran sorpresa, repuso:

—Tranquilícese el señorito. También a él le quise siempre.

Entre ambos cogieron a Gastón con sumo cuidado para llevarle a la cama. Despertó éste y murmuró, sin apenas desentornar los párpados:

—Buenos días, René. Hola. Gilles. Espero seas buen chico y no te

vayas de la lengua, ¿eh?

No opuso resistencia a que le desnudasen.

El anciano quiso examinar las heridas.

—Déjame dormir ahora —pidió el interesado—. Es lo único que necesito.

Se apresuraron a complacerle.

Horas más tarde, René, encerrado en su despacho, llamó por teléfono a la casa de Columba, sin dar su nombre. Y cuando ésta, suponiendo de quién se trataba, corrió al aparato, anhelante, dijo él:

—Soy yo.

—¡Cuánto me alegra oírte!

Aunque ambos sentían ansia de cambiar frases amorosas, abstuviéronse de hacerlo, por prudencia.

—¿Está tu hermano en casa?

—Sí; acostado. La herida, según el médico, no es grave; no ha interesado el hueso, pero le molesta mucho.

—Dile que iré a verle esta noche. Tengo que comunicarle algo de interés.

Columba oyó el chasquido de un beso y el ruido del auricular al ser dejado en su sitio.

Busigny recibió una grata sorpresa cuando, al entrar en la habitación donde Paul estaba levantado y con el brazo en cabestrillo, vio a Gary Miljan junto a aquél. Columba, que le había estado esperando cerca de la puerta de la calle, luego de hacer salir a Margaret con un encargo que la retendría fuera algunas horas, tomó asiento entre los hombres, dispuesta a oír la conversación. Nadie se opuso.

Luego del natural cambio de saludos, dijo René:

—He descubierto algo que me parece interesante.

—¿Se trata de…? —apresuróse a preguntar el norteamericano.

—Conozco el nombre del que ostenta en Europa la jefatura de la organización en cuyas garras estuvimos anoche a punto de perecer.

—¡Eso es muy bueno! ¿Cómo se llama?

—Milovan Dbrojas.

Gary lanzó una exclamación de asombro. Todos le miraron intrigados y él añadió:

—No vacilo en declarar a ustedes que ese hombre constituye el

principal objeto de mi venida a Francia.
—¿Eh?
—En Washington se conoce la relación que guarda con los espías residentes en Norteamérica. Tiene cuarenta y cinco años de edad. Su complexión, robusta; sus ojos y cabellos, negros. Es lo único que sabemos. Jamás se le ha visto. Hace algún tiempo se me encomendó la misión especial de detenerle y, a ser posible, «facturarlo» a mi país.
—Dudo —repuso Paul— que si le atrapamos renunciemos al honor de darle aquí su merecido —se volvió a René—: ¿Cómo has sabido eso?
—Perdóname si no contesto a tal pregunta. Lo he averiguado… en virtud de las gestiones que realizo sin cesar y que pienso seguir hasta última hora; pero necesito tu ayuda, Paul.
—¿Mi ayuda?
—Sí. No tengo autoridad alguna para intervenir en el asunto y quiero que tú, aunque, extraoficialmente, me des permiso para hacer cuanto pueda, respaldando con tu persona mis actividades.
—Eso…
Columba y Gary interrumpieron, simultáneamente, la objeción que brotaba en los labios del inspector francés:
—¡Accede, Paul!
—No debes vacilar, muchacho. Este amigo nos ha demostrado valer su peso en oro. Nos interesa, el éxito más aún que quien lo consiga.
Tocó disimuladamente con el codo a Chartier, el cual comprendió la seña y repuso al fin:
—Bueno… Ya que ése es tu deseo…
—Procuraré no comprometerte en nada.
—¿Nos tendrás al corriente de tus actos?
—Dependerá de lo que las circunstancias aconsejen en cada momento.
—Está bien.
—¡Gracias!
Hizo un guiño a Columba y ambos salieron para hablar a solas un rato de sus amores.

CAPÍTULO IX

Dbrojas, relampagueantes los negros ojos, prescindiendo de Margit —sentada cerca de él—, miraba a los doce hombres reunidos en su torno y les dirigía la voz helada, cortante como un afilado cuchillo:

—Creí hallar en la capital de Francia elementos más eficientes… El jefe resultó traidor a fuerza de torpezas; confío a dos colaboradores la sencilla misión de arrojar al Sena su cadáver y mueren a manos de la policía; uno de vosotros —clavó en Tutte las pupilas— encuentra, a su alcance a la persona que hoy nos interesa sobre todas, acompañada de dos sujetos que deben ser de cuidado, y no se le ocurre más que encerrarles en el sótano; encomiendo a varios que les esperen cerca del sitio por donde, probablemente, habrían de salir, y, como consecuencia del miedo, empiezan a balazos antes de tiempo, sin mirar a quién tiran, consiguiendo el único resultado de matar a un agente y herir a cuántos había cerca… menos al que buscábamos, el cual ni siquiera se presentó en el puesto de socorro donde fueron atendidos sus compañeros. ¡Soberbio conjunto de éxitos! ¡A este paso dominaremos al mundo!

Su acento hízose cáustico hasta no poder más. Nadie osaba replicarle. Mordió él la punta de un cigarro habano y añadió, tras encenderlo:

—¡René Busigny tiene que ser hallado y traído a mi presencia, cueste lo que cueste y en el menor número posible de horas! Ya no me conformo con que se le coja muerto. Necesito interrogarle; saber hasta qué punto nos ha perjudicado su lengua. Dudo de que hayáis comprendido exactamente la importancia de su captura. Conoce a varios de vosotros, lo que equivale a dejar sentado el peligro que corréis, o que corremos, mejor dicho. No nos será dado emprender ninguna empresa de envergadura mientras por el temor de que ese hombre vea a cualquiera de los que con él alternaron en la calle

Frecynet. No quiero fijaros plazo alguno; pero sí os digo que si pronto, muy pronto, no le atrapáis, os exigiré a todos responsabilidades. Nada más. Salid de aquí.

Obedecieron los hombres, cabizbajos y nerviosos. El jefe no era justo al trabarles así; ¿qué culpa tenían ellos…? ¿Dónde encontrar a Busigny?… No era justo, no; pero… era el jefe y todos sabían bien lo que los hubiera significado el más leve conato de rebeldía.

Margit dijo al quedarse a solas con Milovan:

—Se me está ocurriendo… ¿Qué tal resultaría si enviásemos un anónimo a las autoridades militares comunicando que ese hombre vive? A buen seguro que nos evitarían el trabajo de la búsqueda.

Dbrojas la midió de arriba abajo.

—Te juzgaba más inteligente —exclamó—. En primer lugar, como no podemos ofrecer ninguna prueba, no nos harían caso; en segundo, y es el más importante, comprometeríamos al oficial que mandó el piquete de ejecución así como a otras personas que nos son útiles —la húngara encogióse de hombros con displicencia. Añadió él—: Sí; ya sé que no importa que caiga quien caiga. No es que me asuste de tus sentimientos, pero a veces noto que supera todo lo imaginable en maldad. Esas personas han prestado buenos servicios a nuestra organización y nos los seguirán prestando. No podemos descubrirlas.

Abandonó ella el asiento y se le acercó, felina:

—No te enfades conmigo. ¿Qué pueden preocuparte mis sentimientos mientras para ti sean como son? Te quiero, Milovan, te quiero y mi único propósito es evitarte preocupaciones.

Le echó al cuello los brazos y le ofreció la boca. Milovan, lejos de besarla, la apartó casi rudamente:

—Déjame en paz —dijo—. No estoy ahora para mimos.

Las verdes pupilas de Margit brillaron como las de una fiera rabiosa.

Milovan le resultaba cada vez menos agradable: no le quería; casi lo encontraba repulsivo. Pero verse privada de su favor equivalía a perder su enorme autoridad en la banda donde todos la respetaban como una continuación del jefe. Por otra parte, su orgullo de mujer que pierde brillo continuaba rebelándose a cada nueva comprobación de que morían sus encantos.

Deshizo el abrazo, mas continuó con las manos sobre los

hombros del yugoslavo mientras protestaba:

—No estás para mimos, ahora… ni nunca, desde hace algún tiempo.

—Tengo demasiadas preocupaciones.

—¡Si fuera eso solo!

—¿Lo dudas?

—Lo dudo, sí; lo dudo y lo temo. Dime la verdad. ¿Es que ya no me quieres?

—Déjame tranquilo —replicó Dbrojas, zafándose y exteriorizando creciente mal humor.

—¡Milovan!

—¿Qué pasa?

—Respóndeme, te lo suplico. ¿Te has cansado de mí? ¿Ha ocupado alguna otra mujer mi puesto en tu corazón?

—Si hubiera alguna otra mujer en mi vida, ¿tendría que darte cuenta?

—Luego… ¡la hay!

—Todavía, no; pero no te respondo de que la haya. Somos libres. No nos liga ningún compromiso.

Margit retrocedió, descompuesta.

—¡No hagas eso nunca, Milovan —exclamó—; no lo hagas!

El acento de tales palabras fue sordo, tan sordo, que apenas resultaron audibles.

Dbrojas abandonó su asiento, quedando con ambas manos apoyadas sobre la mesa. Clavó los dardos de sus ojos en la mujer, cual si quisiera traspasarla con ellos.

—Repite esa amenaza —dijo, con los dientes apretados…

La húngara estremecióse. Sintió un miedo horrible; algo como si le martillearan en la espina dorsal.

—No te he amenazado —dijo al fin, suavemente—. ¿Cómo me iba a atrever…? Ha sido una explosión incontenible dictada por el cariño…

—¡Cariño!… ¡Qué cosas más ridículas se te ocurre decir!… ¡Cariño!…

—¿Llamas ridículo a…?

—¡Naturalmente! Entre nosotros no puede haber más que deseo; y cuando éste acabe…

—¿Es que… se ha terminado el tuyo?

—Conseguirás matarlo si persistes en mostrarte empalagosa y si prodigas escenas de esta clase.

—No; yo procuraré no disgustarte…

—Empieza a demostrármelo. Déjame solo. Tengo que trabajar.

—Lo que tú quieras. ¿Me das un beso?

Acercóle los labios. El yugoeslavo apenas se los rozó. Ella encaminóse liada la salida.

—¡Ah! —exclamó él.

—¿Decías algo?

—Pues… simplemente hacerte una advertencia… por tu bien: suprime explosiones de cariño como las de hoy, ¿entiendes? Si vuelves a tener alguna, las consecuencias podrían ser malas.

—Es que…

—Anda, ¡vete!

Salió Margit, apretados los labios y conteniendo las lágrimas que el coraje agolpaba hacia sus ojos.

—¡Qué fastidio! —Fue el comentario único del yugoslavo, quien se enfrasco en el estudio de los papeles que sacó de uno de los cajones de la mesa.

Transcurrió el tiempo sin que él lo advirtiese. Por fin se le ocurrió dar una orden y pulsó un timbre.

Vidosa apareció en la puerta, pidiendo permiso para pasar. Las facciones de Dbrojas suavizáronse al verla.

Le gustaba aquella muchacha, quizá por el contraste que su aspecto físico formaba con el de Margit. Ésta expresaba a todas horas el conjunto de pasiones violentas que se agitaban en su pecho, mientras que los ojos azules de Vidosa parecían un exponente de dulzura y candidez.

A Milovan no se le ocultaba que la rumana no tenía tampoco nada de angelical. Consagrada al espionaje desde hacía tiempo, había llevado a cabo trabajos tortuosos para los cuales era preciso carecer de escrúpulos; pero así y todo, comparada con Margit, resultaba de una bondad emocionante.

Dbrojas llevaba dentro un gran sensual. No había substituido aún a la húngara como ésta temiese; pero últimamente dedicaba algunos minutos a pensar en la belleza de Vidosa.

—Pasa —le dijo, cariñoso.

Ella obedeció, gratamente impresionada. Tampoco amaba al

jefe, mas era ambiciosa y comprendía la gran conveniencia que habría de significarle la predilección de aquél.

Tuvieron una escena breve e insinuante. Milovan quiso besarla y ella escapó riendo coqueta, prometedora y segura de su próximo triunfo.

René llevaba varios días recorriendo París incansablemente, con la esperanza de encontrar en algún sitio a cualquiera de los espías que le eran conocidos, a fin de seguirle y descubrir la madriguera de todos.

Se había hecho un prodigio de caracterización: usaba barba y bigote; substituyó las gafas negras por quevedos con cristales naturales; vestía de negro y se tocaba con un amplio sombrero del mismo color; sobre su blanca camisa parecía revolotear, cual mariposa gigantesca, una chalina de seda.

Su aspecto era, pues, el de un artista romántico y taciturno.

Aquella tarde, en su incesante deambular, penetró en una tabernucha de Buttes Chaumont. Hacía frío y pensó que no le sentaría mal una copa de algo fuerte. Esto aparte de que tampoco aquellos lugares solían escapar a su búsqueda.

Fue acogido con extrañeza y risas burlonas. Los habituales de aquel antro tenían poca costumbre de ver entrar a persogas de tal apariencia.

Busigny, sin conceder importancia al poco cordial recibimiento, acercóse al mostrador y pidió coñac. El tabernero —un hombre gordo, de cara bonachona—, se apresuró a servírselo con el deseo de que se marchase pronto, pues conocía a su gente y daba por seguro que las mal contenidas risas convertiríanse pronto en descaradas burlas.

Trató, incluso, de recomendar prudencia por medio de gestos y miradas a unos y a otros.

René, luego de tomar un sorbo, paseó la vista en todas direcciones por si daba con algún rostro que le pudiera interesar. No encontró ninguno y pensó que lo más prudente sería marcharse pronto. Las burlas se generalizaban; las «puyas» resultaban ya demasiado directas. Él era hombre de poco aguante y tenía que hacer grandes esfuerzos para contenerse, ya que, dada su situación, debía evitar a toda costa complicaciones. Comprendió, sin embargo, que no debía dar señales de tener prisa, pues las hubieran

interpretado como expresiones de miedo. Siguió bebiendo a pequeños sorbos y, por fin, hubo de encararse con un mocetón fuerte que era el que más se ensañaba metiéndose con su indumentaria y su aspecto de pobre hombre.

—Me está usted molestando —dijo, en tono cortés—, y no creo haberle dado motivos para ello. Le ruego que me deje en paz.

El mocetón hízole una reverencia burlona —que provocó carcajadas—, y repuso:

—Usted perdone, ilustrísimo señor.

René mordíase los labios. Volvió la espalda al «gracioso», abonó el importe de lo consumido y se dispuso a salir entre la rechifla general y maldiciendo la ocurrencia de haber entrado en tan repugnante tugurio. Pero apenas hubo iniciado los primeros pasos hacia la puerta, una pierna metióse entre las suyas, obligándole a dar traspiés, perdido el equilibrio.

Fue a chocar contra una mesa desde donde le despidieron sus ocupantes con un fuerte empujón.

Busigny no aguantó más. Olvidó la conveniencia de pasar inadvertido; olvidó que era sólo contra muchos; olvidó incluso la misión que se había impuesto…

Una nube de sangre se le puso ante los ojos viendo las descompuestas caras de aquellos hombres que reían a mandíbula batiente.

Y, tras guardarse los quevedos en un movimiento rápido, lanzóse sobre el mocetón que más le ofendiera —el cual había sido el autor de la zancadilla—, y le propinó un directo entre los ojos que le hizo retroceder de espaldas, derribando las mesas.



...y le propinó un directo entre los ojos, que le hizo retroceder de espaldas...

El hecho produjo estupefacción indescriptible. Nadie hubiera pedido imaginar que aquel hombre enlutado y barbudo con pinta de infeliz pudiera reaccionar de tal manera.

Abandonaron sus sillas algunos y dieron pasos agresivos hacia René; más se contuvieron oyendo la voz del agredido, el cual se

incorporaba ya, gritando:

—¡Que nadie le toque! ¡Ese tipo es mío!

Busigny le esperó a pie firme. Su enemigo parecía un toro babeante en el momento de acometer. Se abalanzó éste, cerrados los puños como mazas; René esquivó la acometida con facilidad, no sin antes asestar un formidable derechazo al estómago del que le atacaba, el cual, prefiriendo una especie de rugido, doblóse sobre sí mismo, falto de respiración. Aprovechó el excapitán aquellos segundos para volver a la carga y propinarle un «uppercut» de izquierda al mentón, que le dejó fuera de combate.

Antes de que los testigos de la pelea tuvieran tiempo de reponerse, cayó de un salto sobre los que le habían empujado al dar los traspiés y demostró hasta lo inconcebible la calidad de sus puños.

La batalla fue ya desigual en grado sumo. Pero el muchacho no pensaba; nada importábale con tal de probar a aquellas bestias el error en que habían incurrido al juzgarle…

Uno de los indeseables se le agarró a la barba y quedóse con ella entre las manos.

Lanzó una exclamación, como asimismo el compañero que tenía más cerca, y gritó con voz de trueno:

—¡Quietos todos! ¡Este hombre es sagrado!

—¡Lo mismo afirmo! —añadió el otro, que también había expresado asombro.

Y no sólo soltaron a René, sino que le cubrieron con sus cuerpos.

Nadie podía comprender aquel cambio. El propio interesado no daba crédito a tus ojos y permanecía en guardia, dispuesto a morir machacando rostros.

—Debe perdonaenos —díjole uno de los inopinados defensores —. ¡Cómo íbamos a imaginar que se trataba de usted!

—Pero…

—Puede marcharse tranquilo, si gusta, o tomar una copa con nosotros. Nadie le molestará.

—¿Qué significa esto? —quiso saber Busigny, creyendo ser víctima de una nueva burla.

Uno de los interrogados repuso:

—Le he reconocido a pesar del bigote… que también debe ser postizo, porque no lo llevaba cuando nos vimos.

—¿Eh?

—¿No fue usted el que la otra noche intervino en una riña en la calle Chervet?

El interrogado frunció el entrecejo.

—Yo fui; sí —dijo.

—Le debo a usted la piel. Este (y señaló a su amigote) se hallaba ofuscado y me iba a liquidar cuando usted lo impidió. Ya estamos otra vez como uña y carne; pero aquella noche… —Se volvió a la concurrencia, agregando—: Ya os hemos contado «El Rata» y yo la disputa que tuvimos por causa de la «Puñales». Este caballero fue el que impidió que ocurriera una cosa mala.

Acercósele el llamado «Rata», tendiendo a Busigny la mano:

—Se portó usted bien al separarnos… y, mejor todavía dejándome escapar cuando se acercaban los gendarmes. ¡Cómo suponer que se nos iba a presentar tan pronto la ocasión de darle las gracias!

El panorama había cambiado en absoluto. Poco faltó para que tributaran un homenaje a René. Cuando el mocetón a quien éste había dejado K. O. recobró el conocimiento y quiso vengarse, encontróse con la amenaza de muchos puños e incluso de navajas.

Busigny hubo de aceptar algunas copas. Nadie le preguntó las causas de ir caracterizado. Lo dicho por «El Rata» era más que suficiente para que no le considerasen de la policía. ¡Allá él con sus razones!

Escuchó ofrecimientos incondicionales y abandonó al fin la taberna, no sin gran trabajo, pues todos querían que aceptase sus convites.

La pérdida de la barba le significaba un contratiempo. Se había lavado bien el rostro antes de salir del antro con el fin de que no le quedasen sospechosas huellas; pero, de todos modos, su caracterización era ya nula, puesto que hasta los lentes habían quedado inservibles durante la pelea.

Tomó un coche de alquiler y se hizo conducir a Butte-Montmartre, donde residía un viejo judío nada escrupuloso que facilitaba disfraces de toda índole, sin inquirir nunca el destino que se les pensaba dar.

Busigny le conocía de sus tiempos de estudiante cuando, en unión de otros compañeros, acudían allí a caracterizarse

grotescamente para embromar a las chicas.

En el momento de echar pie a tierra en el Boulevard, esquina a Albert Cloquet, cruzó otro coche cerca. El excapitán creyó que el corazón se le salía del pecho: dentro de aquel vehículo iba una mujer y esa mujer era Margit.

Tornó a subir precipitadamente y dijo al conductor:

—¡Siga a ese automóvil! ¡No le pierda de vista pase lo que pase! ¡Le daré una buena propina!

No sospechaba que Margit también le había visto y que se dispuso a ordenar a su chófer —el cual era uno de los espías—, que hiciera lo propio con respecto a René. Mas al darse cuenta de que éste comenzaba a seguirla, cambió de táctica y dio unas instrucciones en voz baja al compinche que llevaba el volante.

Vuelta la cabeza, la húngara miraba incesantemente por la ventanilla posterior. Temía que Busigny mudase de parecer, en cuyo caso le perseguiría ella adonde fuese.

—¡Estamos de enhorabuena! —exclamó Margit, en cuyo semblante habíase marcado una expresión repulsiva.

—¡A ver si no se nos escapa! —contestó el chófer—. De buena gana daría marcha atrás y le dispararía…

—No, no; hay demasiada gente y ni siquiera ha anochecido. Además, él se daría cuenta. Vamos a «Las Camelias», como te he dicho.

El coche de los espías, seguido de cerca por el que René ocupaba, llegó a Championnet y detúvose ante un edificio de tres plantas, en cuyo piso bajo había un letrero sobre la fachada, que decía: «Las Camelias». Tratábase de un *cabaret* de ínfima categoría en el cual, por ser demasiado temprano, no había en aquellos momentos más que el encargado del mostrador, ocupado en arreglar las botellas en los estantes, un par de camareros y hasta media docena de clientes —cuyo aspecto no tenía nada de tranquilizador—, los cuales bebían sin disimular su aburrimiento.

Margit, acompañada de su secuaz, se entretuvo lo suficiente para ver, a través de un espejo, aparecer en la puerta a Busigny y que éste la viese también. Enseguida, con la mayor naturalidad, desapareció por una de las puertas del fondo. La siguió el chófer.

Busigny —luego de pasear una mirada en derredor y convencerse de que, en apariencia al menos, nadie reparaba en él—

marchó tras los dos personajes, adoptando un aire de indiferencia. Su primera intención había sido telefonear a Paul: pero desistió diciéndose que no había tiempo que perder y que se exponía a que la húngara desapareciese de su alcance. En realidad no se había trazado una línea de conducta a seguir. Se dijo que probablemente Margit habría acudido a aquel sitio para entrevistarse con alguno de los suyos. Si conseguía enterarse de lo que hablaban, bien; si no, procuraría reducirlos a la impotencia y llamar luego a Chartier para que se hiciera cargo de ellos.

En todo caso, ¡las circunstancias decidirían!

Margit y el chófer… apenas hubieron abandonado la sala principal, atravesaron corriendo un pasillo y llamaron de modo convenido a una de las puertas que daban a él. Abrieron desde dentro.

Tutte y algunos espías más hallábanse allí. «Las Camelias» era uno de los varios escondrijos de la banda.

—¡René Busigny viene! —exclamó ella, con acento sordo—. ¡Me ha seguido y llegará de un momento a otro!

Todos se levantaron con rapidez.

—Dejad la puerta entornada —ordenó la húngara— y colocaos cerca.

Fue obedecida. Algunos empuñaron armas.

—No hagáis uso de las pistolas —recomendó Margit—. Ya sabéis que el jefe le quiere vivo.

Inmediatamente comenzó a hablar en voz alta, como si se dirigiera a un interlocutor determinado, con el fin de que Busigny, al oírla, se dirigiese allí.

Y lo consiguió. El muchacho —amartillada la pistola que llevaba en el bolsillo exterior derecho de la chaqueta— estuvo escuchando unos minutos, que a los de dentro se le antojaron siglos. Las palabras de la húngara le parecieron deslabazadas y vacías de sentido las que le respondía su interlocutor.

Aquello le hizo ponerse en guardia. ¿Le habrían descubierto? ¿Estarían esperándole pasa hacerle desaparecer del mundo de los vivos?

De todos modos, estaba dispuesto a entrar en acción, pasara lo que pasase. Pero cuando se disponía a empujar la entornada puerta y, pistola en mano, conminar a los que hubiese dentro, oyó pasos

que partían de la estancia en cuestión.

Los espías —temerosos de que Busigny se hubiese desorientado o, consciente del peligro, hubiera dado marcha atrás—, decidieron, por orden de Margit, averiguar lo que ocurría.

El joven echóse a un lado. La puerta se abrió pulgada a pulgada y una recia figura de hombre apareció al fin bajo el dintel: miró a derecha e izquierda y dio un respingo al sentir junto al costado el duro cañón de un arma.

—¡Levante los brazos! —Conminóle Rene.

Fingió el espía sorpresa y apresuróse a obedecer, luego de rechinar los dientes y lanzar varias maldiciones.

—Póngase de cara a la pared y procure ser discreto. Estoy dispuesto a perforarle, si me obliga.

—¡No, no!

Hizo el hombre lo que se le exigía. Busigny, sin perderle de vista, dirigió la palabra al interior del cuarto:

—Salga, señorita. Sé que está usted dentro. No me haga tumbar a este compañero suyo de un culatazo en la cabeza para luego ir a buscarla.

La húngara, luego de llevarse un dedo a los labios imponiendo silencio a los que con ella estaban, respondió:

—Voy a complacerle. Procure no ponerse nervioso; no sea que le dé por apretar el gatillo.

—Tranquilícese y venga… sin hacer ninguna tontería.

Margit apareció en el umbral. Llevaba las manos a la altura de la cabeza; sus ojos despedían chispas y en sus labios jugaba una sonrisa cruel.

—Ya ve que soy obediente —dijo, con leve acento irónico.

—La felicito. Colóquese junto a su amigo.

—¿También cara a la pared?

—Sí.

—No es usted muy galante que digamos.

Avanzó hacia el lugar que se le indicaba.

Rene, pasándose la pistola a la mano izquierda, llegó hasta ellos e inició el registro.

En aquel momento tuvo la sensación exacta del peligro con el cual no había contado. Volvióse con rapidez, pero ya era tarde: varios hombres —Tutte entre ellos—, se le echaron encima como un

alud. El sueco le aprisionó el brazo armado, tratando de retorcérselo, mientras los demás se afinaban en derribarle.

Busigny puso en juego, como nunca, sus maravillosas facultades de atleta, para que Tutte no le tronchara los huesos, ya que había sido cogido a traición y de mala manera, dejó caer el arma, que, en medio de todo, de nada le servía en aquel momento, por cuánto le resultaba imposible utilizarla. El enemigo aflojó la presión del brazo, a fin de ayudar a los otros en el esfuerzo general, y el muchacho entonces se defendió y atacó de manera inigualable. Sus puños, sus piernas, su cabeza incluso, convirtiéronse en armas agresivas que arrancaban interjecciones de ira y dolor.

Pero eran demasiados hombres para uno solo, por excepcional que éste fuese.

Fue derribada al suelo, donde la desproporcionada pelea continuó, hasta que un golpe certero asestado por Tutte puso remate a la descomunal resistencia del muchacho, en cuyo cerebro se hizo la noche, dándole la sensación de que se precipitaba en un pozo de tinieblas.

Jadeaban los espías, limpiábanse el sudor y hacían gestos bestiales al tocarse las partes doloridas.

—¡Es peor que una fiera! —reconoció el sueco—. ¡De buena gana lo aplastaba ahora!

—¡Cuidado! —exclamó Margit, conteniéndole—. ¡Repito una vez más que el jefe lo quiere vivo!

—¡Está bien!

—Atadle y encerradle aquí —siguió ordenando la húngara.

Cumplieron el mandato. Busigny, luego de atado y amordazado brutalmente, fue conducido a la habitación que antes ocuparan sus enemigos, donde le echaron sobre el suelo como un fardo.

Margit había vuelto a la sala, y, tomando asiento, se hizo servir una copa de menta.

Tutte y sus compañeros, terminada la tarea, abandonaron la habitación y la cerraron con llave.

En aquel instante, una voz desde el otro extremo del pasillo les heló la sanare en las venas:

—¡Quietos todos! ¡Levanten bien los brazos!

El que hablaba tenía acento extranjero, mas no por eso resultó la orden menos cargada de amenazas.

Gary Miljan, con una pistola en la mano, les miraba cual si quisiera taladrarles.

Comprendieron que toda resistencia sería inútil. Sabían cuándo un enemigo estaba dispuesto a matar, y no les cupo duda que aquel apretaría el gatillo al más pequeño movimiento hostil.

El norteamericano añadió, dirigiéndose a Tutte:

—Abra esa puerta y saque al hombre que ha quedado dentro. ¡Cuidado con lo que hace!, ¿eh? Los demás permanezcan inmóviles, por mucho que se les cansen los brazos.

Dispúsose el sueco a obedecer. Antes de tener tiempo para hacerlo, una exclamación alegre de sus amigos le hizo volver la cabeza y lanzar una carcajada. Gary se hallaba en el suelo; tras él, Margit, teniendo en la mano una pistola fuertemente cogida por el cañón. Había reaparecido como un felino y descargado un tremendo golpe sobre la cabeza de Miljan.

—¡Estupendo! —rugió el sueco. Y los demás le corearon.

—He vuelto oportunamente —dijo Margit, cuyos labios se doblaban en una sonrisa feroz—. Le vi deslizarse, y supuse a lo que venía.

—A éste sí podremos rematarle —propuso uno.

—Tiempo tendremos. Dejadle junto al otro. Que el jefe decida.

Le arrastraron. Tutte abrió la puerta y la volvió a cerrar cuando Gary fue arrojado dentro.

—¡Buena tarea!

—¡No podrá quejarse el jefe!

—Vámonos fuera —indicó Margit.

Cruzaron el pasillo, y, ganando el salón, distribuyéronse con aire distraído por entre las mesas.

Margit penetró en la pequeña cabina telefónica, marcó un número y no tardó en oír la voz de Milovan al otro extremo del hilo:

—¿Qué hay?

—¿Se te ha aliviado la cabeza?

—Por completo.

Eran la pregunta y respuesta acordadas entre ellos para identificarse cuando tenían que hablar a distancia. No les bastaba con reconocer sus voces respectivas.

—Ven al *cabaret* lo antes posible. Tengo un regalo interesante

que ofrecerte.

—¿Merece la pena que…?

—¡Sí! —afirmó ella, sin dejarle terminar.

—Dentro de media hora estaré ahí.

Colgó Margit; mas antes de abandonar la cabina vio a través de los cristales a unos hombres cuyo aspecto y actitud le hicieron ponerse en guardia. No le gustaban lo más mínimo. Miraban con interés en todas direcciones y llevaban las manos diestras hundidas en los bolsillos respectivos de las americanas. Uno de ellos tenía, el brazo izquierdo en cabestrillo.

La húngara marcó otra vez el mismo número; cruzaron la contraseña y apresuróse a decir:

—No vengas, a menos de que vuelva a avisarte.

—¿Algo desagradable?

—Temo que sí.

Abandonó la cabina, pero, lejos de tornar a la sala, deslizóse hasta un rincón en sombras desde donde le era posible ver sin ser vista. Uno de aquellos hombres se dirigía en aquel momento al encargado del mostrador y le enseñaba algo que hizo a este palidecer.

La húngara no necesitaba más. La policía estaba allí, representada por varios números; posiblemente en la calle habría otros. La lucha les hubiera resultado desfavorable, y, además, dejaría al descubierto lo que aquel *cabaret* les significaba.

Imponíase la huida. No tenía tiempo ni medios de dar instrucciones a sus secuaces. Confió en que éstos no fueran tontos y desaparecieran a la mayor brevedad posible.

Deslizóse por una puertecilla trasera y se perdió entre las sombras.

Varios policías, sin hablar con nadie, habíanse adentrado en el interior del establecimiento.

Paul Chartier —quien no había revelado su identidad, pues le interesaba conservar el incógnito siempre que fuera posible— apenas si escuchaba las explicaciones que el encargado del mostrador daba al agente que le enseñara su insignia y carnet.

—Pueden pasar y registrar lo que gusten. Aquí no hay secretos. Estamos dentro de la ley…

Interrumpióle Chartier, dirigiéndose a los agentes, que, con

disimulo, se habían colocado junto a las puertas:

—Que no salga nadie.

La todavía poco numerosa concurrencia protestó. Ellos no hicieron el menor caso.

Tutte y otro de los espías se dieron cuenta ya tarde de lo que pasaba. Pensaron como Margit: lo mejor era huir; pero… ¿cómo? Cambiaron miradas de inteligencia con sus amigos.

Volvieron los policías que inspeccionaron el local.

—No hay nadie —dijeron, escuetamente.

Chartier arrugó el entrecejo.

—¿Qué otras salidas tiene este antro? —preguntó al encargado.

—Este establecimiento, señor, tiene otras dos puertas que dan a la calle de atrás.

—Hemos llegado a una de ellas —anunció uno de los que registraran.

—La otra —añadió el encargado—, es ésta.

Y guió a los representantes de la autoridad a la que poco antes utilizase Margit.

—Deben haberse marchado por cualquiera de ellas —insinuó un agente.

—Sí, así parece. No tiene gracia. En fin, habrá que irse.

Expuso la idea decidido, en efecto, a abandonar el *cabaret*; pero descubrió una fugaz ráfaga de alegría en las pupilas del encargado, y ello le impulsó a desistir.

—Antes —añadió— daré un vistazo yo mismo. Cacheen a todas las personas que hay aquí.

Recrudeciéronse las protestas.

Paul habló con acanto enérgico:

—Ruego a ustedes que se presten a lo que he dicho; es una medida de prudencia a la que no podemos renunciar. Nada tiene que temer quién se halle dentro de la ley.

Los espías diéronse cuenta del inminente peligro. Todos ocultaban armas de fuego y blancas, sin autorización alguna; su detención sería inmediata y sobrevendrían los interrogatorios…

En el preciso momento de disponerse los agentes a cumplir la orden, un camarero adscrito a la banda apagó las luces.

Se produjo un clamoreo.

Los policías que guardaban las puertas fueron arrollados por

Tutte y sus secuaces; cruzáronse muchos disparos; sonaron ayes angustiosos, maldiciones, juramentos…

Disparó la fuerza pública sobre los que habían logrado huir y emprendieron la persecución; alcanzaron a alguno, pero el resto se perdió, amparándose en la obscuridad de la noche, por entre las callejuelas adyacentes.

Cuando Paul y sus compañeros, persuadidos de que nada les quedaba por hacer, volvieron a «Las Camelias», el local estaba vacío y a su puerta se agrupaban muchos curiosos, así como dos parejas de gendarmes atraídos por el tiroteo.

Chartier pidió luces.

—Después de lo que acaba de suceder —dijo—, no me resigno a abandonar esto sin hacer un registro a fondo.

Utilizando las linternas, dispusiéronse a entrar.

Paul ordenó a los gendarmes:

—No permitan el paso a nadie.

Fueron abriéndose paso por entre las sillas y mesas derribadas, hasta encontrar el interruptor de las luces.

El salón quedó nuevamente iluminado. Su aspecto resultaba desolador.

Paul y los hombres que le seguían comenzaron a revolverlo todo; si encontraban cerrada alguna puerta, la derribaban sin miramientos.

De pronto, un ruido algo lejano les hizo mirarse entre sí y correr hacia el punto de donde partía. Era como si un cuerpo chocase pesadamente contra maderas.

—¡Aquí es! —gritó un agente, señalando el cuarto donde habían sido encerrados Busigny y Miljan.

Ante la imposibilidad de abrir normalmente, echaron también aquella puerta abajo.

Una ahogada exclamación brotó de varías gargantas.

Gary continuaba en el suelo; sin dar señales de vida; René, amordazado y sin haber podido romper las cuerdas que le sujetaban, hallábase sin embargo de pie, sudoroso, sangrante.

Al recobrar el conocimiento logró incorporarse, y trataba de abrirse paso dejándose caer una y otra vez sobre las cerradas maderas.

Paul, temeroso de que pudieran reconocer al excapitán, a pesar

de que tenía el rostro desfigurado por los golpes y de que el cabello se lo cubría en parte, ordenó a los agentes:

—¡Quédense fuera! Traigan alcohol; procúrense vendajes.

Le obedecieron, y él apresuróse a penetrar. Su primer cuidado fue librar a René de las ligaduras y mordaza; enseguida, utilizando la propia camisa de aquél, le cubrió casi toda la cara como si la tuviese totalmente herida y se hiciese necesario. Mientras, le recomendó:

—No hables hasta que estemos solos. Fíngete trastornado.

Asintió el muchacho, comprendiendo.

Inmediatamente después, Paul acudió en auxilio de Miljan. En aquel momento llegaron los policías, trayendo lo pedido.

—¿Qué le pasa a ese hombre? —preguntó uno, por René.

—He tenido que vendarle deprisa. Su cara sangraba por todas partes. Ayúdenme a reanimar a este otro.

Mientras lo intentaban, Chartier oyó el informe completo de la intervención general: había dos agentes heridos y un paisano muerto, al que le fue encontrada una pistola con silenciador. Ya se estaba haciendo lo preciso para trasladar a aquéllos a dónde pudieran curarles y a éste al depósito judicial.

Costó trabajo conseguir que Gary recobrase el conocimiento. El golpe que Margit le diera había sido descomunal. Por fin, atolondrado, miró a unos y otros, y acabó por sonreír, mientras, murmuraba:

—Hola, muchachos… ¿Qué tal se está por aquí?

Fue trasladado al coche de Paul. Busigny, aunque tambaleándose, hizo el recorrido por su pie e instalóse igualmente en el interior del mismo…

—Mí «cacharro» está próximo, y no quisiera perderlo —dijo Miljan, señalando un magnífico automóvil a no mucha distancia de aquél.

—No te preocupes —le recomendó Paul—. Haré que lo lleven a tu casa.

Dio instrucciones en tal sentido a uno de los policías; dejó a otros de guardia ante las puertas de «Las Camelias», con el fin de evitar el saqueo; telefoneó a las autoridades competentes anunciándoles su próxima visita para ampliarles el informe, y despidió a todos los demás que le habían auxiliado, mostrándose

agradecido y renunciando a la ayuda que se esforzaban en seguir prestándole.

Tal actitud sorprendió a los que recibieron la orden, pero el prestigio de Chartier estaba tan consolidado, que nadie se atrevió a contradecirle. Quien más, quien menos, pensó que tendría motivos especiales para conducirse de aquella manera.

Tomó él el volante, dirigiendo el coche hacia su propio domicilio.

—Déjame en cualquier sitio obscuro y apartado —pidió René—. Empiezo a recuperar las fuerzas; no necesito ayuda y te estoy comprometiendo ya demasiado.

En vez de contestarle, rogó Paul:

—¿Quieres explicarme lo sucedido?

Busigny lo hizo ampliamente, y terminó diciendo:

—¡Ha sido una verdadera lástima mi fracaso! ¡Qué gran redada hubiera hecho!… —interrumpióse, para exclamar—: Me gustaría conocer el milagro que trajo a ustedes en mi ayuda.

Miljan se tocó cuidadosamente la dolorida cabeza, y repuso:

—Pues yo es que… casualmente le vi en Buttes Chaumont… y se me ocurrió seguirle con idea de abordarle, pero perdióse de vista y me quedé dando vueltas por allí; luego surgió usted de un tabernucho, tomó un coche, y yo, picado por la curiosidad…

Interrumpióle René:

—¿Cómo pudo usted reconocerme en Buttes Chaumont, yendo como iba bien caracterizado?

—Pues…

—¡Hábleme claro! Es que me sigue a todas partes sin perderme de vista, ¿verdad?

En vez de responder abiertamente, dijo Miljan:

—Eso mismo estoy yo pensando con respecto a ti, Paul. ¿Cómo, si no, se comprende que llegaras tan oportunamente donde estábamos nosotros?

Chartier fingióse muy distraído en la conducción del coche. Resistíase a declarar que, a partir del momento en que Gary le instó a que accediese a la pretensión de Busigny, explicándole más tarde el deseo de no perderle de vista, formó el secreto propósito de observar igual conducta con respecto al americano.

—Contésteme —insistió éste.

Y Paul, acosado, repuso:

—Verás… Yo… casualmente también, te vi dirigirte a «Las Camelias» siguiendo a un coche que, a su vez, marchaba tras otro; me acosó la curiosidad… como a ti, y… como soy precavido, recabé la ayuda de unos agentes en la comisaría próxima a ese *cabaret*. Coincidencias… Simples coincidencias…

Amplió Busigny la sonrisa que había aparecido en sus labios, y murmuró:

—Entiendo… a medias. No acaban ustedes de fiarse de mí… o quieren que, contra mi voluntad, les conduzca a algún sitio determinado.

—¡Eso, no! —protestó Gary.

—Te aseguro… —empezó a decir Paul.

René le interrumpió.

—Renuncio a trabajar aisladamente. Lo haré de acuerdo con ambos… si es que me concedan ese honor…

—¿Sin tapujos?

—Sin tapujos.

—¿Aun cuando esté tu hermano de por medio?

—Mi hermano es una víctima de los propios enemigos a quienes perseguimos los tres. ¡Créanme, lo suplico; tengan en mi fe absoluta!

Puso tanta ansiedad en sus palabras, que sus interlocutores, luego de cambiar una mirada, le tendieron las manos.

CAPÍTULO X

El fracaso tenido por sus huestes en «Las Camelias» desató la ira de Milovan, cosa, que difícilmente sucedía, y le puso de un humor endiablado que le hacía doblemente peligroso de lo que siempre fue.

Negábase a admitir que todos realizaron cuánto les fue posible y que no les alcanzaba responsabilidad por la aparición de la policía. En su concepto, tan pronto como Busigny penetró en el *cabaret* debió establecerse una guardia en los alrededores por si, como ocurrió, no iba solo, y sacarlo por una de las puertas traseras a la menor señal de alarma.

No agradeció el aviso de Margit, evitándole el peligro de caer en manos de la autoridad; lejos de ello, la apostrofó duramente y la incluyó en sus denuestos y amenazas.

Cerca de una semana llevaba ya el yugoslavo sin hablar apenas con nadie, a excepción de Vidosa, con la cual tenía deferencias cada vez mayores y sonrisas que a nadie más otorgaba.

Sospechaba la banda que, aunque todavía la noticia no se hubiera hecho oficial, la rumana había ocupado el puesto de Margit cerca de Dbrojas. También ésta comenzaba a temerlo, pero no había visto ninguna prueba que se lo confirmase. La idea de que tal substitución fuera cierta hacía hervir su sangre y ponía en las esmeraldas de sus ojos destellos siniestros.

Aquella noche, cuando la húngara penetró en el domicilio —establecido en Surennes y se dispuso a ir adonde hallábase Milovan, Tutte, que guardaba la puerta del antedespacho, la detuvo, diciendo:

—Yo, en su lugar, no entraría.

Observóle ella en el colmo del estupor. Era la primera vez que alguien intentaba cerrarle el paso a ningún sitio que perteneciera a la organización.

Inquirió, temblando de ira:

—¿Qué significan esas palabras?

—Oh, nada de particular… No tengo ninguna orden en tal sentido. Se ha tratado de un buen consejo, ¿entiende?

Aumentó la crispación de Margit. En el acento del sueco había un visible tinte de ironía con el que, sin duda alguna, se propuso molestar a aquella mujer que tantas veces se permitió darle órdenes.

—Yo no necesito consejos.

—Está bien… Si le he dicho… lo que le he dicho, es porque el jefe y Vidosa deben estar muy atareados y…

—¡Apártese!

Dio un empujón a Tutte, quien no se mostró ofendido ni intentó retenerla. Por el contrario, rió en tono bajo, satisfecho del efecto producido con sus insinuaciones.

Cerró Margit tras sí, cruzó la amplia sala que comunicaba con el despacho, y, ante la cerrada puerta de éste, se detuvo como clavada por una alegre risa de mujer y una voz de hombre que decía:

—Sí, te quiero; me parece que es la primera vez que he querido en mi vida. De hoy en adelante no habrá para mí más mujer que tú.

La mano izquierda de la húngara hizo girar el pomo, al propio tiempo que la derecha oprimía una pistola.

Ante ella aparecieron Milovan y la rumana, sentados en un sofá. Le rodeaba él la cintura con un brazo y deponíanse ambos a beber sendas copas de champaña.

Al ver a la recién llegada se incorporaron violentamente; el rostro del yugoslavo entebrecióse. Mordió las palabras al preguntar:

—¿Qué buscas aquí? ¡Vete pronto!

Margit, dueña de la situación, cerró por dentro sin perder la cara a la pareja, y rugió:

—¡Necesitaba sorprenderos, y ya lo he conseguido! ¡Malditos seáis!

Vidosa, presa de pánico, dio unos pasos, a la par que decía, con acento implórame:

—Escúchame. Yo…

Margit apretó el gatillo. Una bala clavóse en el pecho de la joven rubia, a la cual Dbrojas se apresuró a coger en sus brazos antes de que cayese. Utilizándola como escudo, fue hacia la húngara, la cual siguió haciendo fuego e introduciendo los proyectiles en el cuerpo,

ya sin vida, de Vidosa.



...se apresuró a coger en sus brazos antes de que cayese...

El yugoslavo, poniendo en juego su frialdad y su fuerza, arrojó el cadáver contra la criminal, derribándola y haciéndole perder la pistola, a la cual, de un fuerte puntapié, mandó al otro extremo de la habitación.

Se detuvo unos segundos.

Margit, desde el suelo, le miró horrorizada, viendo reflejada su propia muerte en las pupilas del hombre, quien crispó las manos cual si fuesen garras, y despacio, muy despacio, recreándose en la obra que iba a efectuar, reanudó el avance.

Quiso incorporarse, la húngara, y no pudo; el terror paralizaba, sus miembros.

Golpearon fuertemente la puerta del despacho, y la voz de Tutte vibró fuera:

—¡Jefe! ¿Qué ocurre? ¿Por qué han cerrado?

Margit gritó, con desesperación y angustia:

—¡Socorro!… ¡Me matan!…

Logró retroceder, arrastrándose.

Milovan, desentendiéndose de las llamadas, siguió acortando la distancia. Sus facciones descompuestas daban la impresión de pertenecer a un verdadero monstruo.

Cayó de pronto sobre su víctima, que lanzó otro estridente grito; su grito postrero.

Las manazas del asesino cerráronse sobre la garganta de la vencida y apretaron sin piedad, poco a poco, mientras sus ojos chispeantes denotaban sádico placer.

Margit era ya cadáver. Sin embargo, los dedos del canalla seguían clavados en la garganta que tantas veces besó.

Fuera, continuaban aporreando la puerta, tratando inútilmente de derribarla.

—¡Voy! —exclamó Dbrojas. Y su voz tuvo resonancias sepulcrales.

Se incorporó, arreglóse las ropas y calmosamente franqueó la entrada.

Tutte y varios espías más, atraídos por los disparos, precipitáronse en la habitación.

El cuadro que descubrieron les hizo detenerse, abrir las bocas en gestos de estupor y lanzar exclamaciones entrecortadas.

Milovan, sin perderles de vista, se sirvió un vaso de *whisky*, bebió tranquilamente, y dijo:

—Llevaos «eso».

Los secuaces permanecieron inmóviles.

—¿No me oís? Las metéis en un coche con matrícula falsa y lo

dejáis abandonado en cualquier sitio.

Dos hombres se aprestaron a obedecer.

Dbrojas dignóse entonces dar una breve explicación:

—Margit quiso asesinarnos, y yo he acabado con ella, aunque no pude impedir que matase a Vidosa. El asunto tiene gran importancia. Quitadlas de mi vista cuanto antes y averiguad si los disparos han llamado la atención de alguien de fuera… aunque no lo creo. Está casa reúne excelentes condiciones.

Apuró el *whisky*, dejóse caer en un sillón y encendió un cigarrillo, mientras sus compinches obedecían en silencio.

—Hay que limpiar esa sangre —siguió diciendo, con gesto de repugnancia y señalando la alfombra.

Una hora después, Milovan, tranquilo, sosegado, trabajaba ante la mesa-escritorio.

Nadie hubiera podido suponer que aquel hombre había sido poco antes protagonista de una tragedia. Sus movimientos eran naturales, su cerebro regía con perfecta normalidad.

En los ceniceros había algunos cigarrillos a medio consumir. La botella de *whisky* estaba menos de mediada.

De pronto, el yugoslavo levantó la cabeza, sorprendido. La puerta del despacho acababa de abrirse con lentitud.

Incorporóse. Vibró su cuerpo todo. Los ojos parecieron querer saltarle de las órbitas.

Gastón se encontraba ante él. Había entornado tras sí y se retrepaba indolente contra las maderas.

—¡Busigny! —exclamó Milovan, tembloroso; acaso, por vez primera en su vida.

El recién llegado, traspasándole con el fuego de sus obscuras pupilas, llevando en los labios una sonrisa helada, asintió lentamente, sin hablar.

—¿De… dónde sales?

—La muerte me rechazó para que viniera en tu busca —repuso Busigny, glacial.

Dbrojas llevóse una mano a la frente y la retiró empapada de sudor frío. Se le relajaban las piernas. No acababa de comprender.

—Vengo a matarte, Milovan. He podido hacerlo de un tiro sin darte tiempo a moverte; sigo contando con esa posibilidad y la aprovecharé si intentas, coger un arma; pero preferiría hacerlo con

mis propias manos. Tal afán me ha contenido hasta hallarme otra vez en condiciones físicas. Anda, prepárate; vas a morir por traidor y asesino.

Se acercó con lentitud a Dbrojas, con la misma lentitud que éste empleara antes para caer sobre Margit. También las manazas de oso que poseía Gastón estaban crispadas, ansiosas de cerrarse sobre un cuello humano.

Milovan, pasados los primeros instantes de aturdimiento, dióse cuenta de que no se las había con un ser del otro mundo, como en principio creyera; de que el peligro era de otra clase. Y se dispuso a hacerle frente.

Sabía hasta dónde podía tener confianza en su propia fortaleza física, y no se le ocultaba que, con ser envidiable, la de Gastón le superaba en mucho. Pelear con éste a brazo partido era casi un suicidio. Miró afanosamente hacia el timbre de alarma colocado cerca de su pie izquierdo.

Busigny, sin detenerse en sus lentos pasos, lanzó una risotada breve y soca.

—Conozco tus trucos. He cordado los cables. Además, para tu conocimiento, te diré que acabo de colocar a Tutte una bala entre los ojos. ¡Es una gran cosa esta de los silenciadores! Los demás están lejos del despacho y muy distraídos. Nadie vendrá a ayudarte.

La calma con que expresábase Gastón resultaba mucho más espantosa que todas las amenazas concebibles.

Dbrojas, efectuando un rápido movimiento, quiso sacar la pistola que guardaba en la mesa; pero su antagonista dio un salto de tigre y cayó sobre él, impidiéndoselo.

Rodaron ambos.

Milovan se defendió duramente, mas pronto dióse cuenta de que no podría escapar al estrangulamiento producido por aquellas argollas humanas, que, venciendo toda resistencia, iban acercándose a su cuello.

Hizo un esfuerzo poderosísimo, desesperado, por apartar de sí el peso de su enemigo, y logró apoderarse de un puñal que llevaba siempre bajo el sobaco izquierdo.

Busigny no tuvo tiempo de impedirlo. Su propio impulso facilitó el golpe y la afilada hoja clavóse en el corazón. Abrió los ojos desesperadamente; quiso hablar, seguir apretando… pero, en vez de

palabras, brotó sangre de su boca, sus manos cayeron inertes y su cabeza fue a chocar contra el pecho del yugoslavo. Estaba muerto.

Milovan levantóse, jadeando, y empujó con el pie el cadáver caliente.

—¡Maldito perro!… —barbotó—. ¡Lograste asustarme! ¡Poco ha faltado para que me liquides!

Pisoteó a su víctima, a la par que exclamaba:

—¡La muerte no te rechazará esta vez! ¡No te rechazará!… ¡No te rechazará!…

Una carcajada siniestra e ininterrumpida acompañaba sus golpes al cadáver, cuyas vidriosas pupilas le miraban fijamente, traspasándole el cerebro.

Cansado de su horripilante tarea, sirvióse un vaso de *whisky* hasta los bordes; apuró la mitad y arrojó el recipiente a los ojos que, acusadores, parecían seguirle a todas partes.

Sonaron tiros en el interior de la casa.

Milovan, renunciando al satánico placer que se disponía a proseguir, levantó la cabeza como una fiera en acecho. Corrió enseguida hacia el cajón en que guardaba la pistola y la cogió afanoso. En el momento de volverse, René apareció en el umbral.

Dbrojas hizo fuego, pero precipitadamente, dominado por la excitación, y erró el tiro. René, en cambio, le metió una bala en el pecho. Cual si deliberadamente se hubiera propuesto vengar a su hermano con toda exactitud, acababa de partir el corazón del yugoslavo, el cual, dejando caer el arma, y luego de unos traspiés grotescos, pretendió agarrar el aire y cayó de bruces para no levantarse más.

Busigny, saltando por encima de él, arrodillóse junto al otro cadáver y le tomó la cabeza entré las manos.

—¡Gastón!… ¡Gastón!…

Las exclamaciones brotaron roncas, destrozadas.

Al convencerse de que tenía entre los brazos un ser sin vida, le besó desesperadamente.

—¡Loco!… ¡Loco!… ¿Por qué lo hiciste?

El tiroteo continuaba a corta distancia, acompañado de gritos, derrumbamiento de muebles, voces conminatorias, secos golpes de cuerpos al chocar…

Busigny sacudió la leonada cabeza. Parecía como si acabase de

oír una llamada apremiante de la cual hubiérase olvidado.

Tomó en sus brazos el cuerpo del hermano querido y lo depositó en el sofá. Le cerró los párpados, ocultando aquellas pupilas inmovilizadas por la muerte, e hizo presión sobre ellas con sus labios en besos prolongados, hondos, de supremo adiós.

Volvió la espalda al cadáver, empuñó de nuevo la pistola y corrió hacia el lugar de la lucha, sediento de sangre, de mucha sangre.

En la sala principal del piso bajo, los espías, sorprendidos por Paul, Gary y un considerable número de agentes, batíanse en retirada.

René, desesperado, enloquecido, sin preocuparse de las balas, buscándolas más bien, avanzó disparando hasta agotar el cargador.

No erró ni un tiro.

Cinco hombres cayeron alcanzados por las mortales mordeduras de su pistola; cinco hombres que antes se habían revuelto tratando de alcanzarle; pero, por una ironía de la suerte, el plomo destinado a él, que lo buscaba ansioso, no le rozó siquiera.

Saltó sobre muertos y heridos; apoderóse de armas cargadas y continuó desencadenando lluvia de fuego.

Fue preciso que Gary y Paul le sujetasen.

—¡Basta ya, muchacho!

—¿Te has vuelto loco?

—Los supervivientes se han rendido.

—Resulta fuera de lógica seguir matando…

Busigny apenas les oía. Aquellas voces le sonaban a algo conocido, pero ininteligible.

Hubieron de arrebatarle el arma poco menos que violentamente.

Cedió, por fin, su tensión nerviosa, y entonces encontróse sin fuerzas, vacío, cual si dentro de él todo se hubiese roto y evaporado.

Tambaleándose, se dirigió a la salida. Paul le alcanzó, y, sujetándole por un brazo, preguntóle:

—¿A dónde vas?

René le miró sin comprenderle. Tuvo Chartier que repetirle la pregunta.

—¿Que a dónde voy? ¿Lo sé yo, acaso?

—Espérate. Hemos de ultimar esto.

—No quiero seguir aquí: ¡no puedo seguir aquí! ¡Estallaría!

Paul se hizo cargo del estado anímico de aquel hombre, y, sin soltarle, volvióse a Miljan, diciendo:

—Vuelvo enseguida…

—O.K. —respondió el norteamericano.

Se abrió Chartier paso entre la fuerza pública y los curiosos, y condujo a Busigny hasta uno de los coches.

—¿Te encuentras en condiciones de conducir? —preguntóle, en voz baja.

El interrogado parpadeó nerviosamente; hizo un supremo esfuerzo, y musitó:

—Sí; creo que podré.

—Márchate a mi casa y espera.

El subconsciente de René inició una protesta:

—No quiero ir a tu casa; no debo…

—¡Obedéceme!

Le empujó casi hasta colocarle en el *baquet*, y le repitió la orden, cual si quisiera grabarla en su cerebro:

—¡Obedece! ¡A mi casa! —Y añadió, para reforzar lo dicho—: ¡Piensa en Columba!

—Columba… Es verdad… Adiós.

Puso el coche en marcha. Paul, dubitativo, permaneció inmóvil hasta que le vio desaparecer.

—¡Tranquilízate, René, yo te lo suplico!…

El joven contempló la faz angustiosa de la mujer amada, que, de rodillas ante él, acariciábale el rostro.

No recordaba apenas cómo había llegado hasta allí. Obró de modo maquinal, acuciado por las últimas palabras que le dirigiera Paul. ¿Precauciones para entrar? ¿Temores por lo que pudiera sobrevenir?… Todo eso eran palabras sin sentido en las que ni siquiera pensó.

En cambio, el acento apenado y anhelante de Columba llególe al fondo.

Pasó la mano sobre los cabellos de la muchacha.

—Pequeña mía… —susurró—. ¡Qué mal hiciste fijándote en mí, correspondiendo a mi cariño!…

—¡No digas disparates!

—¿Disparates?… ¿Es que mi amor te ha reportado algo más que

desgracia? Diste por segura mi muerte… y te vestiste de luto; luto que te acabas de quitar… y que volverás a ponerte.

—¡No!… ¡No!… ¿Por qué hablas así?

—Estoy dispuesto a entregarme a las autoridades para que me maten otra vez.

—Vuelve en ti, René; no quiero que desvaríes.

Acentuó él la caricia.

—He hecho mal en venir a verte. Si lo hubiera pensado, habría desistido de hacerlo; pero me alegro de que no fuese así. Por lo menos, podré besarte una vez más.

—No estás en tu juicio.

—Sí, lo estoy; empiezo a estarlo. Mi hermano, el único que podía rehabilitarme, ha muerto. No había meditado, hasta este instante, en lo que su muerte significa para nuestro amor; sólo me daba cuenta de que ya no existe. Yo le quería mucho, a pesar de todo; a pesar de que en ocasiones llegué a creer que le odiaba por significar mi deshonra; a pesar de que maldije su nombre repetidas veces. Le quería, Columba; se me antojaba con frecuencia algo así como un padre descarriado a quien, sin embargo, se adora y ya no podrá volver.

—Serénate.

—Estoy sereno; demasiado sereno. Por eso ahora veo la realidad y me doy cuenta de lo que la muerte de Gastón representa para nosotros, aparte de lo que para mi cariño hacia él significa.

—No desesperes; cuéntamelo todo. ¡Quién sabe si habrá alguna solución para nuestro problema!

—No la hay.

—Atiende lo que te pido.

Busigny pasóse una mano por la frente, tratando de reconcentrar las ideas.

Explicó, al fin:

—Tu hermano, Gary Miljan y yo decidimos trabajar juntos sobre el mismo problema. Me prometieron no hacer nada contra Gastón y acordamos vigilarle sin que lo advirtiese, seguros de que, al intentar vengarse del que le disparó por la espalda creyendo dejarle muerto, nos guiaría hacia la persona que nos interesaba. Esta noche le vimos salir por vez primera desde mi finca de Chareton. Caminamos tras él adoptando grandes precauciones; Paul requirió el concurso de la

policía… ¡Bien!… El servicio de contraespionaje se ha apuntado un nuevo éxito; pero cuando llegamos, Gastón había caído para siempre…

—¡Para siempre!

Marcóse más el gesto amargo de Busigny, y añadió:

—Te das cuenta de lo que significa esa frase, ¿verdad? Él hubiera puesto los puntos sobre las «íes» me lo prometió y lo hubiera cumplido por más que yo me opusiese. Ya no hay nada que hacer. Creo que lo más acertado será entregarme… y acabar.

Se alzó Columba, resuelta, dominadora:

—¡No! ¡Eso, no!

—Comprende, criatura.

—Sólo acertaré a comprender esas palabras si me convenzo de que no me quieres. ¿Es que has olvidado ya nuestro propósito?

—Nuestro propósito… ¿Es que continúas firme en él?

—¿Puedes dudarlo?

El semblante de René transfiguróse cual si un soplo vital nuevo lo animase. Brillaron sus ojos; distendiéronse sus labios en una sonrisa amarga y dulce al mismo tiempo.

Se incorporó, sosteniendo a la muchacha y obligándola a mantenerse a su altura.

—Temí —dijo— que hubieras reflexionado cuerdamente y que el fruto de tu reflexión fuera el convencimiento de que te debías a ti misma, a tu hermano, a vuestro apellido. Eso era lo lógico, y te he facilitado los medios de escapar a lo que me ofreciste. ¡Bendita sea la locura que te obliga a apartarte de la lógica!

—¡René!

—¡Te adoro, pequeña! ¡Quiero vivir para ti!… Huiremos lejos, muy lejos; donde sea. ¿Qué nos importa Francia, si Francia nos rechaza? ¿Qué nos importa el mundo entero, si con el más pequeño de los rincones nos basta para ser felices?

—¡Así se habla!

—¡Y así se siente!

Se abrazaron y unieron sus bocas en un beso sublime, por cuanto llevaba esencias de cuerpos y de almas.

Vivieron un minuto tan lejos de la realidad, que Gary y Paul hubieron de toser fuerte y repetidas veces para enterarles de que habían penetrado en la habitación.

Los enamorados no trataron de disculparse.

—Hola, Paul —dijo Columba, sin deshacer el abrazo que aprisionaba a su novio—. Me alegro de que hayas venido. René y yo vamos a casarnos y a huir de Francia. ¿Puedes y quieres facilitar nuestro decidido propósito?

—¡Oh, oh, el amor! —exclamó el interrogado, dirigiendo una mirada a Miljan y dejándose caer pesadamente en una butaca.

—Sí —comentó el norteamericano—. El amor debe ser una gran cosa. Yo no lo conozco; nunca me lo han presentado… ni tengo prisa en que lo hagan, pero me lo figuro.

Y ocupó otro asiento, sin disimular las señales de cansancio.

Los enamorados les miraban sorprendidos, dando por seguro que sucedía algo anormal, aunque sin presumir, ni remotamente siquiera, lo que pudiese ser.

—Esperamos tu respuesta, Paul —rogó Busigny.

—Ya, ya… Pero, en vez de contestar, voy a preguntaros a mi vez: ¿no os encontráis a gusto en París? Opino que os podríais casar sin dejarme aquí solo.

—Pero… ¿no comprendes…? —replicó el excapitán.

Le interrumpió Columba:

—No creo sea este momento de bromas.

—¿Quién piensa en ellas, hermanita?

Sonriendo cariñosamente, sacó un sobre y extrajo de él unos documentos, a la vez que añadía, dirigiéndose a René:

—¿Conoces esta letra?

—¡Es de Gastón!

—Exactamente. Hemos encontrado estos papeles en uno de sus bolsillos. Oíd el encabezamiento.

Y con voz ligeramente emocionada, empezó a leer:

> «A las autoridades militares y civiles de Francia:
>
> »Voy a lanzarme esta noche a una empresa peligrosa. Si salgo con bien de ella, romperé esta confesión y la haré verbalmente, entregándome para que se haga justicia; mas, por si caigo, quiero dejar probada la inocencia de mi hermano René y…»

Busigny, anhelante, tembloroso, arrancó el documento de manos

de Paul y comenzó a devorarlo con la vista. Columba colocóse a su espalda, e, inclinándose, leyó también.

Tratábase de una declaración amplia, detallada, llena de pruebas irrefutables que dejaban a René libre de toda culpa.

Descubría luego los manejos y resortes de la importantísima organización internacional de espionaje, con los nombres y domicilios de cuantas personas la dirigían en el mundo.

Los ojos de Columba se iban llenando de lágrimas; los de René estaban secos, pero, en cambio, le lloraba el corazón.

Paul y Gary les observaban complacidos.

Dijo al fin el inspector francés:

—Antes de venir nos hemos ocupado en cursar instrucciones telegráficas y telefónicas. A estas horas se estarán llevando a cabo muchas cosas interesantes.

—Confieso —aportó Gary— que cuando vi a Milovan Dbrojas muerto, me sentí furioso y hasta indignado con usted, señor Busigny, por cuanto tenía especial interés en apoderarme de ese hombre vivo; pero al descubrir esa declaración, esfumóse mi disgusto.

—Comprenderéis —intervino Paul de nuevo, dirigiéndose a los enamorados— que, después de eso, no tenéis precisión de emigrar. ¡Serás rehabilitado con todos los honores, querido hermano futuro!

—¡Rehabilitado! —susurró el joven, con infinita tristeza.

—¡Rehabilitado, sí! Aunque, dado tu estado de ánimo, esa palabra se te antoje hueca y hasta dolorosamente irónica, reconocerás pronto lo mucho que significa. Se te rendirá, incluso, homenaje por lo que llevas sufrido y por tu eficaz contribución al gran éxito que acabamos de conseguir.

Busigny encogióse de hombros.

Habló Gary:

—No tiene, desde luego, necesidad, de salir de Francia, señor Busigny. Pero, de todos modos, como yo he logrado también un triunfo en mi misión, invito a usted y a la que va a ser su esposa a que pasen la luna de miel en mi país, donde recibirán el agasajo que merecen.

Columba, trémula de alegría, rodeó otra vez el cuello del hombre amado y le ofreció la boca.

—Perdona... —susurró el joven—. Mi primer beso, ahora, no

puede ser para ti, sino para «él».

Y llevóse a los labios el nombre de Gastón, estampado al pie del documento.

De sus pupilas se desprendieron dos lágrimas.

FIN

COLECCION
SERVICIO SECRETO

TITULOS PUBLICADOS

1. — La brigada de los suicidas. *Peter Debry.*
2. — Entre tinieblas. *Jack Grey.*
3. — Servicio especial. *Tony Wanton.*
4. — Sirenas tropicales. *Peter Debry.*
5. — El hotel de los crímenes. *Jack Grey.*
6. — Los cuatro ases. *Peter Debry.*
7. — La noche de Bright Garden. *A. Rolcast.*
8. — El castillo de 'los ahorcados. *Peter Debry.*
9. — Contraespionaje. *Tony Wanton.*
10. — Peces de platino. *Peter Debry.*
11. — La hiena blanca. *Jack Grey.*
12 — Gangsters en .Casablanca. *Peter Debry.*
13. — Una mano en la sombra. *F. P. Duke.*
14. — Valses tétricos. *Peter Debry.*
15. — La libélula de cristal. *Kent Miller.*
16. — Los buitres negros. *Peter Debry.*
17. — El monstruo. *Jack Grey.*
18. — En busca de una cabeza. *Peter Debry.*
19. — El gas R 650. *Kent Miller.*
20. — La atómica en Hollywood. *Peter Debry.*



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA